

¡JUNTO
ROJO



BB

LA BANDA FANTASMA

clark carrados

LA BANDA FANTASMA

CLARK CARRADOS

LA BANDA FANTASMA

Colección PUNTO ROJO n.º 68

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15.664 - 1963.

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: AGOSTO 1963

© CLARK CARRADOS-1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3222/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:**
812 — Trampa mortal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
678 — Una sombra al acecho.
- En Colección BUFALO:**
508 — Las armas del diablo.
- En Colección CALIFORNIA:**
357 — Violencia bajo el sol.
- En Colección KANSAS:**
246 — La herradura mellada.
- En Colección BRAVO OESTE:**
114 — La mecha y el barril.
- En Colección PUNTO ROJO:**
56 — Asesinato con premio.

La BANDA fantasma

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre caminaba, despacio, tranquilamente, con las manos en los bolsillos del abrigo que llevaba puesto, ya que la noche era más bien fresca. Su pierna de recha se movía con alguna torpeza, como si se resintiese de una lesión no lejana, la cual, no obstante, no le impedía caminar con casi absoluta normalidad.

Era de mediana estatura, rechoncho, cejas muy pobladas y espeso bigote negro. Su indumentaria era correcta, de tonos oscuros. En aquel lugar la iluminación no era excesiva.

Dejó atrás Belgrave Road y se adentró en Michigan Avenue. Hasta entonces, el panorama urbano había estado formado casi exclusivamente por casitas rodeadas de jardín todas ellas. En Michigan Avenue ya no había jardines, aunque tampoco los edificios alcanzaban una altura exagerada, era raro el que pasaba de los cuatro o cinco pisos y, además, la calle era muy amplia y muy bien asfaltada.

Un automóvil seguía lentamente de lejos la marcha del sujeto. Este continuaba andando, ignorante o fingiendo ignorar la vigilancia de que era objeto.

Un coche patrulla de la policía rodó lentamente junto a la acera. A bordo del mismo, el sargento Mick Flanagan arrojó una mirada distraída al viandante. A su lado, el patrullero Harvey Pilltown tarareaba entre dientes una de las últimas melodías en boga. Flanagan decidió que el hombre no era un peligro para los

numerosos comercios del área de Michigan Avenue y continuó su ronda. Un poco le extrañó el gran sombrero que llevaba el sujeto, pero, pensó, peores los había visto, y no en Tejas precisamente.

El patrullero se cruzó con el coche que seguía al individuo, el cual se había detenido un poco más allá. Su conductor se apeó del vehículo y levantó la tapa del motor, alumbrándose con una linterna. El sargento Flanagan preguntó si podían servirle en algo. Volviéndose a medias, pero sin enseñar del todo la cara, el conductor les dio las gracias y dijo que ya estaba arreglada la pequeña avería. Montó en el coche y arrancó, doblando a la derecha por la misma Michigan Avenue, en sentido opuesto al del sujeto del sombrero estrafalario.

Recorrió así un centenar de metros, pero entonces viró bruscamente y se lanzó a cierta velocidad en dirección totalmente opuesta. Minutos después alcanzaba al sujeto del sombrero, aunque se situó a una prudente distancia del mismo, siguiéndolo sin apearse del coche.

El caminante se detuvo de pronto ante un comercio, en cuya muestra podía leerse:

SAMUEL & GROSSBLUM

Joyería

El caminante miró a derecha e izquierda. Metió la mano en su bolsillo derecho y extrajo del mismo unas pequeñas herramientas, con las cuales empezó a manipular en la cerradura de la puerta. El escaparate estaba protegido por una gruesa reja de acero, que se bajaba durante las noches.

La puerta se abrió al cabo. El tipo del sombrero penetró en la joyería. Sin vacilar se dirigió a la parte posterior del escaparate, metió la mano en el mismo y empezó a llenarse los bolsillos de las mejores joyas.

Cuando el escaparate estuvo prácticamente vacío, el ladrón dio la vuelta y salió a la calle. Tres pasos más allá se tropezó con un agente de policía que hacía su ronda a pie. La aguda mirada del policía reparó en el acto en la abierta puerta de la joyería.

Sin vacilar, supo que tenía al ladrón frente a sí y echó mano a su revólver de reglamento.

—¡Quieto! ¡No te muevas! ¡Entrégate preso!

El tipo del sombrero no tenía intención de entregarse, ni mucho menos. Saltando hacia adelante, cargó con el hombro contra el policía, al que derribó en el acto, con los pies hacia arriba. Saltó por

encima de él y echó a correr.

El agente Jack Legree era joven, ágil y fuerte. Revolviéndose como un gato, se puso en pie, giró sobre sus talones y salió en persecución del ladrón, quien, a pesar de su cojera, se mostraba también muy ágil.

—¡Alto! ¡Deténgase o disparo! —gritó el policía.

El ladrón, por supuesto, no hizo el menor caso. Legree se dio cuenta de que en cinco segundos más, el ladrón alcanzaría la esquina de Michigan Avenue y la calle Hudson. Tenía ya el revólver en la mano, de modo que se detuvo, plantó los pies en el suelo, apuntó y disparó.

En el mismo momento, la cabeza del ladrón estalló con tremenda llamarada, acompañada de una fortísima detonación.

Jack Legree vio que el ladrón corría dos o tres pasos aún, arrastrado por su propia inercia y que luego, prácticamente decapitado, se derrumbaba de bruces. Boquiabierto, contempló el cañón de su revólver y se preguntó si le habían facilitado una pistola desintegrante, como las que tanto empleaban los escritores de ciencia-ficción en sus obras. No era, posible que una bala causara tales destrozos y menos aquel estampido y un fogonazo que había iluminado la calle en cincuenta metros a la redonda.

Pero así había sido.

* * *

El jefe de policía de Vernon Field mordió nerviosamente el puro que tenía entre los dientes. Sentado frente a él se hallaba el agente Legree, sumamente nervioso también. A la derecha del jefe de policía, se encontraba el inspector Ray Valencia, un hombre joven y apuesto, de unos treinta y dos años, de cabello intensamente negro y mirada aguda y perspicaz.

El silencio en el despacho era tenso, casi enervante. Valencia sacó cigarrillos y ofreció uno al agente. Legree lo rechazó con leve movimiento de cabeza.

Súbitamente, de modo tan repentino que casi hizo saltar en su asiento al jefe de policía, sonó el timbre del teléfono.

Valencia alargó la mano y se llevó el aparato a la oreja.

—Despacho del jefe Croysh —dijo.

—Aquí, Malvern, de Huellas. Los doctilogramas registrados corresponden a Nel Hymes, alias el “Silencioso”. Tres condenas por escalo con fractura, una por lesiones, otra por agresión a un agente... Ahora llevaba dos años en que observaba una conducta

intachable, pero en libertad bajo palabra. Parecía haberse regenerado, aunque ya ve usted lo que son las cosas; al parecer, estábamos equivocados.

—Muy bien, Malvern, muchas gracias.

Valencia colgó el aparato. El jefe Croysh había estado escuchando el informe por un supletorio. Sus dientes mordieron el puro con más rabia todavía.

—Conque Ned Hymes, el “Silencioso”. Hace algún tiempo que había desaparecido de la circulación —gruñó—. Incluso creíamos que ya no estaba en Vernon Field.

—Por lo visto, volvió para robar la joyería de Samuelson y Grossblum —murmuró el joven inspector.

Sonó el intercomunicador. Croysh movió una palanquita.

—Los señores Samuelson y Grossblum desean verle, jefe —anunció la voz de una secretaria.

—Que pasen —gruñó Croysh.

Los dos joyeros entraron en el despacho. Eran dos hombres tímidos, que se sentían nerviosos y aprensivos al verse en el centro de la fuerza policial. Hablaron farfullando, sin que se les entendiera apenas otra cosa que deseaban dar las gracias a la policía por haber evitado el robo de que habían sido objeto, etcétera, etc. Croysh cortó súbitamente las atropelladas expresiones de gratitud.

—El agente que descubrió el robo está aquí, delante de ustedes dos, pero no tienen que darle las gracias, puesto que se limitó a cumplir con su obligación. En lugar de ello, ¿por qué no hacen instalar ustedes un sistema de alarma?

Samuelson y Grossblum murmuraban algunas vaguedades y prometieron que así lo harían. Luego, tras repetir de nuevo sus expresiones de gratitud, salieron del despacho, no sin antes prometer una valiosa recompensa al agente que había detenido al ladrón.

Otra vez volvió el silencio al despacho. Ray Valencia encendió un nuevo cigarrillo. El agente Legree empezó a sentir dolor en la espalda, a fuerza de estar tan rígido en la silla.

La puerta del despacho se abrió súbitamente y un hombre menudo, regordete, calvo, sudoroso, entró en la habitación. Era el doctor Trenton, forense de la policía.

Los ojos de los presentes cobraron nueva animación. Trenton dejó su maletín sobre la mesa y miró al jefe.

—He realizado la autopsia al cadáver —anunció con énfasis excesivamente dramático.

—¿Y...? —preguntó Croysh.

Trenton miró al agente.

—Puede usted estar tranquilo, Legree. No fue su bala la autora de la muerte del ladrón. El proyectil estaba incrustado en el hombro derecho.

Croysh volvió boca arriba una fotografía que tenía sobre la mesa y que había Sido tomada a los pocos momentos de la muerte del ladrón. El espectáculo no tenía nada de agradable.

—Entonces, si el proyectil disparado por el agente Legree no fue la cause de la muerte de Ned Hymes, ¿qué es lo que lo mató? El agente Legree dice que tuvo la impresión de que una bomba había explotado en el cuello del ladrón, volándole literalmente la cabeza. Eso es absurdo, imposible; en aquel momento se hallaban los dos absolutamente solos en la calle.

—Todo lo que usted quiera, jefe, pero el hecho es que el cuerpo estaba completamente sin cabeza. Y sin cuello; a partir de los hombros, no quedaba absolutamente nada. Había, creo, muchos trozos esparcidos por el pavimento a causa de la violencia de la explosión, pero la dispersión alcanzó un gran radio y, además, según tengo entendido, los servicios de limpieza actuaron exageradamente pronto.

Croysh se puso a toser con violencia.

—Detalles morbosos, no, doctor —gruñó.

—Pues tenía que haberme acompañado en la autopsia —rezongó el forense—. Se hubiera divertido un rato.

—¿Ha dado orden de enterrar el cuerpo? —preguntó súbitamente el inspector Valencia.

—Aún no. Lo tenemos en el frigorífico, por si se presenta alguien a reclamarlo, una vez hayan dado los periódicos la noticia.

—Luego iré yo a verlo —murmuró Valencia.

—Tome algo fuerte antes y después, inspector —recomendó el forense. Recogió su maletín y miró al jefe—. Bien, eso es todo por ahora. Rendiré mi informe escrito más adelante.

—Bien, doctor.

El forense se marchó. Legree se puso en pie.

—No lo entiendo —musitó—. Yo disparé, le acerté en el hombro derecho... y la cabeza le estalló como una bomba. Hubo un foganazo tremendo y...

Hay Valencia tomó su sombrero.

—Jefe, si no tiene inconveniente, iré a ver el cadáver. Legree, me gustaría que me acompañase usted a la *morgue*.

El agente se puso pálido. Disciplinadamente, sin embargo, contestó:

—Sí, señor.

* * *

La *morgue* olía penetrantemente a formol y otros desinfectantes. Dominando sus aprensiones, el inspector Valencia levantó una punta de la sábana que ocultaba el cadáver.

Se estremeció. El espectáculo no tenía nada de agradable. Parecía como si le hubieran arrancado la cabeza de cuajo. En vida, Ned Hymes había sido un hombre muy fornido y robusto, cosa que aún podía apreciarse en la musculosa amplitud de sus velludos hombros y en el grosor de sus bíceps. Ahora no tenía cabeza.

A su lado, el agente Legree tenía los labios muy prietos. El joven se dio cuenta del detalle y dejó caer de nuevo la sábana.

Se volvió hacia el encargado del depósito fúnebre.

—¿Dónde están las ropas del cadáver?

—Las tengo yo guardadas, inspector —contestó el empleado.

—Muy bien. Legree, haga un paquete con todas las prendas y llévelas a mi despacho.

—Está bien, señor.

Media hora más tarde, Ray Valencia, armado de una potente lupa, examinaba la chaqueta del muerto centímetro a centímetro. La tarea le llevó casi una hora larga, al cabo de cuyo tiempo encendió un cigarrillo y se sentó en una silla en actitud pensativa.

Estuvo así el tiempo que le duró el pitillo. Al terminar, lo arrojó al cenicero y, abriendo un cajón, extrajo del mismo unas tijeras, don las cuales cortó determinada parte de la chaqueta.

Luego llamó a través del interfono.

—Póngame con el laboratorio.

—Sí, señor.

Valencia esperó unos momentos. La voz del analista sonó en sus oídos.

—¿Qué hay, inspector?

—Buenos días, profesor Sheldon —saludó el joven—. Óigame, voy a enviarle un trozo de tejido para su análisis. Encontrará sangre en él, ya lo sabemos, y sabemos también a quién pertenece esa sangre. Pero lo que yo deseo es saber qué hay en el tejido, además de la sangre, ¿entendido?

—De acuerdo, inspector. Le enviaré el informe apenas tenga los resultados.

—Gracias, profesor Sheldon.

Valencia cortó la comunicación y se reclinó de nuevo en el sillón.

Acababa de concebir una hipótesis, pero no podría probarla en tanto Sheldon no hubiera realizado los análisis pertinentes.

CAPÍTULO II

Alicia Palmer se apeó del vagón y miró en torno suyo, como si buscara a alguien en el bullicio de la estación de ferrocarril de Vernon Field. De pronto, un hombre se acercó a ella y, descubriéndose respetuosamente, preguntó:

—¿Doctora Palmer?

—Sí, yo misma —contestó ella especulativamente.

—Soy Webster —manifestó el individuo—, el chofer del doctor Marchesi. El doctor me envía a buscarla y me encarga le presente sus respetos, rogándole le disculpe por no haber acudido personalmente, debido a sus múltiples ocupaciones.

—Es lo mismo, muchas gracias, Webster —contestó Alicia, sonriendo. Era una muchacha alta, espigada, de aspecto atrayente, gracias, principalmente, a su abundoso cabello castaño y a las pupilas grises que conferían a su rostro una expresión singular. Llevaba en la mano un maletín y un bolso, y entregó el primero al chófer, abriendo luego el segundo—. Aquí tiene el talón de mi equipaje.

—Muchas gracias, doctora Palmer —dijo Webster—. Por aquí, tenga la bondad.

Siguiendo al chófer, Alicia abandonó la estación, delante de la cual vio una gran *limousine* negra, de severo aspecto. Webster abrió la puerta respetuosamente, saludando cuando la joven penetró en el vehículo.

—Si tiene la bondad de esperar unos minutos, traeré su equipaje, doctora Palmer.

—Muy amable, Webster.

* * *

Mientras el coche rodaba a una velocidad moderada por las calles de Vernon Field, Alicia, reclinada en el asiento posterior, recordaba los acontecimientos que le habían llevado hasta aquella ciudad, de la cual no había oído hablar hasta unas semanas atrás. Un buen día, había recibido una carta firmada por el doctor Jules R. Marchesi, en la cual se citaba a uno de los profesores de la muchacha como recomendación, en cuya carta se le hacía una oferta como doctora ayudante en la clínica neuroquirúrgica que Marchesi tenía instalada en dicha ciudad.

La oferta era buena, setecientos dólares mensuales y gastos de alojamiento y manutención. Hasta entonces, y después de haber concluido su carrera, dos años antes, Alicia había permanecido como interna en un hospital, especializándose en dicha rama de la Medicina. El sueldo como interna era ínfimo, apenas lo suficiente para subvenir a sus necesidades, y, tras algunos días de reflexión, se decidió a aceptar la oferta, teniendo en cuenta la citación que Marchesi hacía de su antiguo profesor. Sería un trabajo mucho más descansado y, ni que decir tiene, también mucho mejor remunerado. Era hora ya, se dijo, de que empezase a obtener provecho de sus largos años de estudio y aquella era una buena ocasión que, estimaba, no debía desaprovechar.

Atravesaron la ciudad y salieron a terreno libre. La *limousine* rodó por espacio de tres millas, doblando a continuación por un caminito situado a la derecha y que serpenteaba entre árboles de frondosa copa. Hacía sol, pero la temperatura no era muy elevada. En el interior del vehículo se estaba confortablemente.

Al cabo de un par de minutos, el automóvil se detuvo ante una alta tapia de mampostería, cuyo acceso se realizaba a través de una sólida puerta enverjada. A la derecha de la verja había una garita, de la cual salió un hombre de estólida expresión, cubierto con un gran sombrero de paja, algo echado hacia la nuca, el cual, sin pronunciar una sola palabra, abrió la puerta, permitiendo el paso al vehículo.

Webster lo condujo a través de una enarenada avenida, flanqueada de mirtos y cipreses, al otro lado de los cuales se veían grandes extensiones de césped alternadas con macizos de plantas de adorno, aún sin florecer en espera de la primavera. Había un jardinero podando el césped con ayuda de una segadora mecánica y, como el portero, se cubría la cabeza con un sombrero de idéntica factura.

El coche viró súbitamente hacia la derecha, deteniéndose ante un edificio de dos pisos, con un peristilo sostenido por cuatro columnas dóricas, lo cual le confería un aspecto elegante y majestuoso al mismo tiempo. Una suave rampa en amplia curva permitía la detención de los vehículos al mismo nivel de la gran puerta encristalada de acceso a la mansión.

Webster saltó ágilmente al suelo y abrió la portezuela, quitándose la gorra del uniforme. Alicia descendió y avanzó hacia la puerta, en el preciso momento en que una mujer de unos cuarenta años, aún atractiva, pero de facciones duras y mirada inexpresiva, la hacía girar a un lado.

—¿Doctora Palmer? —preguntó la mujer.

—Sí —contestó la joven.

—Soy Mónica, el ama de llaves del doctor Marchesi. Me ha encargado la reciba en su nombre y la acomode en la casa.

—Encantada de conocerla, Mónica —respondió la joven.

—Gracias, doctora —la voz del ama de llaves sonaba neutra, sin inflexiones—. Por aquí, ¿quiere acompañarme?

—Sí, claro.

Atravesaron el vestíbulo, de espejeante pavimento, y subieron por una escalera en curva, protegida por una barandilla de hierros artísticamente forjados, hasta el piso superior, donde a ambos lados de un gran corredor se divisaban varias puertas. Mónica guio a la joven hasta una de ellas y la abrió, cediéndole el paso para que ella cruzase primero el umbral.

Alicia examinó complacidamente su nuevo alojamiento. Era una gran pieza, dotada de un suntuoso mobiliario Adams, con un enorme lecho protegido por un amplio dosel, y en uno de cuyos lados se veía una artística chimenea, en donde ardían alegremente tres o cuatro buenos troncos. El ambiente era cálido y acogedor, cosa que hizo que Alicia se sintiera sumamente contenta de haber aceptado el empleo.

Mónica abrió una puertecita situada en el lado opuesto.

—Este es el cuarto de baño, doctora —dijo—. Si desea algo de nosotros, solo tiene que tirar del cordón que tiene a la cabecera de su cama.

—Muchas gracias, Mónica. Un momento, por favor.

—Sí, doctora.

—¿No puede decirme cuándo veré al doctor Marchesi?

—Posiblemente a la hora de la cena —Mónica sacó del bolsillo superior de su vestido un relojito y consultó la hora—. Dentro de noventa minutos, aproximadamente.

—Gracias otra vez, Mónica.

—A usted, doctora.

Mónica se retiró. Un momento después, Webster entraba el equipaje de la muchacha y lo depositaba en un rincón de la habitación. Al quedarse sola, Alicia se dispuso a arreglarse.

* * *

Era ya de noche cuando entró en el comedor, ataviada con un sencillo vestido de lanilla, azul-gris, con puños y cuello blanco, que modelaba deliciosamente su esbelta figura. Sus cabellos castaños habían sido recogidos en un severo moño en la nuca, sujeto con una

cinta negra apenas visible, lo cual, en lugar de restarle atractivo, la hacía parecer más hermosa todavía.

El comedor, como el resto de la casa, estaba lujosamente amueblado. Un alegre fuego ardía en la amplia chimenea, encima de la cual se veía un cuadro de excelente factura. Dos labrados candelabros, con tres velas cada uno, prestaban cierta intimidad al ambiente.

La mesa estaba puesta para tres personas, aunque en aquellos momentos solo había una en el extremo opuesto, oculta tras el periódico. Al oír el ruido de la puerta, el lector plegó el periódico y se puso en pie.

—La doctora Palmer, supongo.

Alicia examinó al individuo. Era tremendamente fornido, con tórax en forma de barril y manos que parecían palas de excavadora mecánica. Tenía un cabello muy fuerte, crespo y rizado, y sus cejas, espesísimas, formaban un trazo continuo de vello que cortaba el rostro en dos mitades desiguales. Debajo de las cejas centelleaban dos ojos, de negrísimas pupilas, muy vivaces y de singular perspicacia; las mejillas azuleaban, consecuencia del espesor del vello facial que Alicia calculó debía afeitarse dos veces al día, y finalmente, los labios eran gruesos, carnosos, de sensual expresión.

—La misma —contestó, sonriendo—. Creo que estoy en presencia del doctor Marchesi.

—Justamente, querida colega —Alicia notó la firme presión de los dedos de Marchesi en su mano—. Lamento no haber podido recibirla antes y le ruego se sirva aceptar personalmente las excusas que antes le ofrecí por delegación.

—No se preocupe, doctor —contestó la muchacha—. Fácilmente me imagino que la clínica debe darle mucho trabajo. Espero ser una valiosa colaboradora en sus trabajos y permítame darle las gracias por haberme ofrecido el empleo.

—Dele las gracias al profesor Stimbolt; él fue quien me recomendó a usted cuando le solicité un médico joven, competente e inteligente para ayudarme en mis tareas. Lo que nunca sospeché fue —agregó Marchesi con galantería— que me enviase una dama tan linda. Oh, por favor, no me crea tan tonto como para no saber que la belleza puede aliarse fructíferamente con la inteligencia. En su caso, doctora Palmer —dijo apreciativamente—, la alianza ha resultado perfecta.

Alicia se sonrojó.

—Doctor, pecando de inmodestia, puedo admitir la primera parte de sus elogios. En cuanto a la segunda, deberá esperar a ver

cómo me desenvuelvo junto a usted en la labor de la clínica.

—Stimbolt no recomendaría jamás a un zoquete —fue la tajante apreciación de Marchesi—. Y ahora, antes de cenar, ¿gusta una copita de amontillado? Tengo uno muy bueno, del año 1938. Es algo exquisito, ya lo verá.

El vino olía deliciosamente, en efecto; y sabía aún mejor. Alicia sintió que un suave calorcillo se expandía por el interior de su cuerpo y sonrió.

En aquel momento entró el ama de llaves.

—La cena está dispuesta, doctor —anunció.

Marchesi extendió su mano con gesto voluble.

—Pues nada, nada, a cenar inmediatamente. Nuestra encantadora huésped debe tener un voraz apetito después de tan largo viaje y no conviene hacerla esperar. Además, aunque es una mujer encantadora, no deja de ser también un competente médico y supongo sabrá combinar las exigencias del estómago con el mantenimiento de su silueta, ¿no es verdad, doctora Palmer?

—Hasta ahora no he tenido que prohibirme nada en ese sentido —contestó la muchacha sonriendo, mientras se sentaba en el lugar que le había sido reservado.

Marchesi presidió la cena. Las dos mujeres se sentaron frente a frente y, aunque Mónica cenó con ellos, el hecho no dejó de intrigar bastante a la muchacha. Mónica hubiera sido indudablemente una mujer de gran atractivo todavía, si se hubiese decidido a suavizar los rasgos de su rostro, continuamente duros y tensos; pese a sus cuarenta años se conservaba muy bien, esbelta todavía, aunque con cierta tendencia a la opulencia en sus formas indudablemente prietas y compactas. Mónica se mantuvo silenciosa durante la cena, excepto en los momentos más indispensables.

Marchesi poseía una charla inagotable y amena, que entretuvo a la muchacha más de la cuenta y le hizo pasar el tiempo casi sin sentirlo. Sin embargo, no dejó de notar el hecho un tanto extraño de que fuera Webster precisamente el que sirviera la cena, por cierto con notable precisión y eficiencia. Webster era un sujeto alto, delgado aunque no enclenque precisamente, de rostro cetrino y pómulos salientes, cuya facilidad de movimientos era harto notable. Atento y obsequioso, estaba siempre a punto para cambiar los platos o llenar las copas apenas vacías, yendo de un lado para otro con suaves ademanes, sin hacer el menor ruido, como si toda su vida hubiera desempeñado aquella función.

Después de la cena, Marchesi y la muchacha se sentaron en sendos divanes frente al fuego. Esta vez fue la propia Mónica quien

sirvió el café y los licores, retirándose discretamente apenas terminada la tarea. Entonces, Alicia, que no había querido prudentemente citar el tema durante la cena, preguntó al doctor Marchesi cuándo empezarían a trabajar.

Marchesi agitó la mano volublemente.

—Oh, no se preocupe por ello. Estamos en una época de recesión y, afortunadamente para ellos, aunque no para mi bolsillo, los enfermos de esta especialidad no abundan. De todas formas, mañana le enseñaré lo principal de la clínica, a fin de que se familiarice con el quirófano, los rayos X y demás instalaciones.

—¿No tiene laboratorio? —preguntó la muchacha.

—No. Envío a la ciudad las muestras que deseo analizar. Un poco enojoso resulta, pero es que todavía no he encontrado un buen analista. Tuve que despedir el último porque cometió un error garrafal, imperdonable, que estuvo a punto de costar la vida de un cliente. Desde entonces, los análisis me los hacen en la ciudad. Más trabajo quizá, pero es un laboratorio seguro y competente.

La conversación derivó después hacia otros derroteros, aunque relacionados con la profesión. En lo poco que pudo extraer de las palabras de Marchesi, Alicia obtuvo la convicción de que estaba ante un auténtico neurocirujano.

Cerca de las diez y, aprovechando un momento adecuado, manifestó que estaba cansada. Marchesi se puso en pie y ella, tras despedirse del médico, subió a su habitación.

En verdad, estaba cansada; así que en cuanto hubo apoyado la cabeza en la almohada se durmió.

* * *

Despertó mucho más tarde, sin tener noción de la hora que era. Había oído un ruidito seco, pero no tardó en comprender que se trataba del crujido de uno de los leños de la chimenea. Un rojizo resplandor brotaba del hogar, iluminando tenuemente la estancia. Alicia se arrebujó entre las sábanas; el lecho estaba muy confortable y una dulce somnolencia volvió a apoderarse de ella nuevamente.

Cuando se hallaba a punto de dormirse oyó ruido de pasos acelerados. El sueño huyó en el acto de sus párpados y se incorporó a medias en el lecho, aunque sin atreverse a encender la luz.

Una puerta se abrió con cierta violencia no lejos de su dormitorio. Sonaron unas voces excitadas. Alguien profirió una maldición en tono bajo. Después se oyeron más pasos dados con evidente apresuramiento.

Alicia conocía los síntomas: el inesperado agravamiento de algún paciente. Vaciló un momento y al cabo, resolviéndose, echó a un lado el embozo y calzó los pies en unas chinelas. Envolvió su cuerpo en una bata acolchada y corrió hacia la puerta, abriéndola en el acto.

El corredor estaba desierto. Alicia salió fuera y llegó a la parte de la barandilla que daba directamente al gran vestíbulo de entrada. Entonces vio a un pequeño grupo de hombres compuesto por el doctor Marchesi, Webster y el portero, los cuales forcejeaban con un cuarto individuo que se resistía con todas sus fuerzas a ser conducido a una estancia vecina, cuya puerta mantenía abierta el ama de llaves. Webster recurrió al fin a un método expeditivo: disparó su puño contra la mandíbula del sujeto y lo atontó, con lo que pudo ser reducido con gran facilidad a continuación.

Después, el grupo desapareció en la estancia. Mónica cerró la puerta y cruzó el vestíbulo en actitud sumamente pensativa. De pronto se detuvo y levantó la cabeza.

Alicia hubiera deseado que se la tragase la tierra, pero era ya tarde. Esforzándose por sonreír, dijo:

—Oí ruidos y pensé que tal vez mi ayuda podría ser necesaria.

—Se trata de un paciente sumamente excitable, doctora, que escapó de la vigilancia de los enfermeros —contestó Mónica inexpresivamente—. El doctor Marchesi le suministrará un calmante, no se preocupe.

—Muchas gracias —contestó la muchacha. Dio media vuelta y se retiró a su habitación, en tanto Mónica proseguía su camino.

Alicia asió el pomo de la puerta de su dormitorio. En el momento en que la hacía girar, un sonido espantoso llegó hasta sus oídos.

Era un alarido brutal, horrible, espeluznante. Daba la sensación de haber brotado de un alma en pena o de la garganta de una persona en inminente peligro de muerte.

El grito se extinguió con súbita brusquedad. Temblando de miedo, sin saber exactamente las causas, Alicia cerró la puerta con doble vuelta de llave y se metió en la cama, mientras empezaba a dudar si había hecho bien al aceptar el empleo.

CAPÍTULO III

Ray Valencia entró en el despacho de su jefe, hallándolo en compañía del teniente Blandish, jefe de servicios de las fuerzas policiales de Vernon Field. Los dos hombres tenían extendido ante sí un mapa con la situación topográfica, exacta de la ciudad, en el cual había unos cuantos puntos señalados en lápiz rojo.

—Hay algo que me preocupa... —empezó a decir el joven, pero el jefe Croysh le interrumpió sin dejarle seguir hablando.

—A mí me preocupa otra cosa mucho más importante, inspector —rezongó.

—¿De qué se trata, jefe? —preguntó el joven, súbitamente interesado.

—Vea este mapa —dijo Croysh—. Son seis puntos donde, en otras tantas semanas, se han cometido sendos robos de importancia, sin que hasta ahora hayan podido ser capturados los ladrones.

“Escuchen esto —continuó el jefe—: Calle Frobisher, 47, robo en la caja fuerte del supermercado. Botín: once mil doscientos setenta y cuatro dólares.

“Latimer Avenue, 23. Robo en casa del conocido financiero Homer Elwood Robinson. Joyas por valor de sesenta y dos mil dólares.

“Globe Place, 47. Joyería de Benson & Benson. Joyas robadas por un importe total de ciento once mil quinientos cincuenta dólares.

“Calle 36, domicilio del conocido agente de Bolsa y bienes raíces, Stan Wainwright. En billetes, seis mil ochocientos; en bonos al portador, ciento treinta mil dólares.

“Calle Crown Point, 886, joyería de Adam Wisler. Joyas por valor de ochenta y siete mil dólares.

“Y por último, la caja fuerte del “City & Country Bank”. Botín, doscientos ochenta y ocho mil dólares.

Croysh pegó un temible puñetazo sobre la mesa. Sus ojos despedían llamas.

—En cifras redondas, son casi setecientos mil dólares los que se han evaporado en mes y medio. ¡Esto no puede continuar! —vociferó—. ¡O atrapamos a los ladrones o tendremos que dimitir todos!

Hubo un silencio. Croysh prosiguió:

—No hay hasta ahora la menor huella de los ladrones. Todos ellos, según se desprende de los informes emitidos, han actuado rápida, astuta y diligentemente, además de con una pericia extraordinaria. ¿Qué significa esto, caballeros? —El jefe hizo una pausa dramática—. Sencillamente, que hay en la ciudad una banda de ladrones muy bien organizada, con una magnífica red de informes y compuesta por una serie de tipos dotados de una tremenda inteligencia. Asestan el golpe, se llevan un rico botín... ¡y nadie los ve! Esto, sencillamente, quiere decir una cosa: nuestros pellejos, en sentido figurado, peligran. O los ladrones o nosotros, eso es todo. Las Compañías de Seguros protestan y presionan; los periódicos escandalizan; la opinión pública está inquieta; los dueños de bienes importantes tiemblan... y, mientras tanto, una banda fantasma sigue actuando impunemente. ¿Qué sugerencias me ofrecen ustedes, caballeros?

Blandish permaneció callado. El jefe se dio cuenta entonces del papel que el joven traía en las manos.

—¿Qué es eso, Valencia?

—El informe del análisis de un fragmento de la chaqueta de Ned Hymes.

—¿Qué diablos tiene que ver Ned Hymes con lo que estamos discutiendo? —barbotó Croysh.

—Quizá nada, pero quizá tenga alguna relación, jefe —manifestó el inspector—. Recuerde que Hymes murió cuando escapaba después de haberse apoderado de joyas por valor de ciento cincuenta y seis mil dólares.

Croysh mordió furiosamente el puro.

—¡Ese es otro de los misterios que acabará por volverme loco, Valencia! No hago más que preguntarme quién puede ser el tipo que le voló la cabeza a semejante granuja.

—No lo sabemos, jefe; en cambio, sí conocemos el explosivo que lo mató —afirmó el joven.

—¿Qué explosivo? —preguntó Croysh agresivamente. Valencia bajó los ojos hacia el papel.

—Cuando examiné las ropas del muerto —dijo—, vi que la parte correspondiente al cuello de la chaqueta estaba, naturalmente, cubierta de sangre. Pero, además, vi rastros de quemaduras, cosa que no me intrigó demasiado, ya que hubo una explosión.

—¿Y bien?

—El informe habla de que hay vestigios de carbonato de sodio, nitrato de sodio y compuestos de azufre, los rastros típicos que deja

una explosión de dinamita.

—¡Dinamita! —resopló Croysh.

—Justamente, señor. Esto indica claramente que no le arrojaron una granada de mano, como pensamos en un principio, cosa que confirmaré más adelante, cuando interroge de nuevo al agente Legree. La carga de las granadas de mano es de TNT y el explosivo de su espoleta está compuesto de fulminante de mercurio, del cual no hay traza alguna en los análisis. Pero eso no es todo, jefe.

—De modo que no fue una bomba de mano.

—No, señor. Si lo hubiera sido, seguramente los cascos de metralla habrían alcanzado al agente Legree, ya que este se encontraba a una distancia del fugitivo que oscilaba entre los diez y quince metros. El otro detalle que me preocupa es que el análisis señala indicios de magnesio y fósforo.

—Magnesio y fósforo —repitió Croysh como un eco. Blandish escuchaba las palabras del joven con verdadera atención.

—Sí, señor; dos de los elementos más importantes en la composición de la termita. La termita es una sustancia de gran poder calórico, capaz de alcanzar en milésimas de segundo temperaturas superiores a los tres mil grados centígrados y susceptible, por tanto, de fundir los metales con toda facilidad.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos discutiendo? —gruñó Croysh ásperamente.

—Aparentemente, nada, a menos que relacionemos la muerte de Hymes con los otros robos. El caso es que le volaron la cabeza con dinamita y termita. Y de esto no hay la menor duda; todos sabemos cómo quedó después de muerto.

Croysh miró al teniente.

—¿Se le ocurre a usted algo, Blandish?

—Parece como si alguien hubiera tenido interés en que Hymes no cayese vivo en nuestras manos, señor.

—Eso mismo opino yo —exclamó Valencia—. Ahora bien, ¿qué método emplearon para lanzar el explosivo?

—¿Había alguien en las inmediaciones? —preguntó Croysh.

—Legree afirma que no, aunque, de todas formas, voy a interrogarle de nuevo. Hay una cosa evidente, sin embargo, y es que la cabeza de Hymes no estalló por sí sola. Un tipo como él, al verse en peligro, lo más que habría hecho hubiera sido pegarse un tiro en la sien, pero no aplicarse una carga semejante en la cabeza. Por otra parte, Hymes era lo suficientemente listo para saber que no podían condenarle a muerte solo por vaciar el escaparate de una joyería. Le hubieran tratado severamente en el juicio, pero nunca de una forma

como para pensar en el suicidio y menos de una manera tan violenta.

—De todas formas —rezongó Croysh—, los robos me preocupan ahora más que la muerte de un maleante, Valencia.

—En mi opinión, la muerte de Hymes está relacionada con los robos. ¿Por qué no me permite investigar en esa dirección, jefe?

Croysh se quitó el puro de la boca, lo contempló con rabia unos momentos y terminó arrojándolo a la papelería con gesto airado.

—Está bien —dijo al cabo—. Vea a ver lo que puede hacer en este sentido. Y usted, Blandish, encárguese de que la tuerza policial en pleno registre a fondo todos los lugares susceptibles de esconder a cuatro o cinco tipos de mala catadura, ¿estamos? Revuelva la ciudad de arriba abajo si es preciso, pero no me vuelva a este despacho sin resultados positivos.

—¡Sí, señor! —Blandish saludó y salió.

Al quedarse solos, Ray Valencia señaló el plano que había sobre la mesa.

—Señor, si me lo permite, me gustaría llevarme ese plano y estudiarlo detenidamente antes de actuar.

—Lléveselo con cien mil demonios —gruñó Croysh—. Pero haga algo, Valencia, haga algo o el municipio colgará nuestros pellejos en la tachada del “City Hall”.

Ray Valencia sonrió al escuchar las pintorescas expresiones de su jefe. Dobló el mapa, guardó de nuevo el informe sobre el análisis y se retiró a su despacho.

* * *

—Dígame, Legree, cuando seguía usted a Hymes, ¿a qué distancia se encontraba usted de él?

—A unos doce o quince metros, inspector.

—¿Estaban los dos solos en la calle?

—Sí, señor.

—¿Tiene la absoluta seguridad de lo que está diciendo, Legree?

—Positivamente, inspector.

El joven reflexionó unos momentos.

—Repítame lo que vio, Legree.

—Sí, señor. Hymes me derribó al suelo, pero me levanté casi en el acto, ya que no había sufrido daño alguno. Saqué el revólver y me lancé en su persecución, intimándole, naturalmente, a que se detuviera. Al no obedecer mis órdenes, disparé. En ese mismo momento se produjo la explosión.

Valencia inclinó el torso hacia adelante.

—¿Recuerda usted detalladamente las características de la explosión, agente?

Legree meditó unos segundos.

—Aparte del ruido, que fue considerable, vi una luz muy blanca, de una blancura cegadora...

—¿Cómo de una lámpara de magnesio?

Los ojos de Legree se dilataron.

—Pues sí, inspector; ahora que usted lo dice, así recuerdo que brilló el fogonazo, aunque en los bordes vi algunos rayos rojos y amarillos. Desde luego, la calle quedó ampliamente iluminada en una gran extensión.

—Es inmediatamente Hymes cayó al suelo sin cabeza.

—Sí, señor. Bueno, corrió aún dos o tres pasos... Eso me recuerda a mi primo. Una vez, cuando éramos pequeños, decapitó de un golpe a una gallina con su machete de cortar caña de su padre. La gallina continuó corriendo todavía varios pasos antes de caer.

—Bien, un médico le hablaría a usted de reflejos nerviosos y demás, pero a nosotros nos interesa la explosión. Dice que sonó muy fuerte.

—Sí, señor.

—¿Notó usted si era alcanzado por algún trozo de metralla?

—Algo de sangre solamente, inspector. Cuando estuve en el Ejército hice prácticas de lanzamiento de granadas de mano y recuerdo muy bien el silbido de los cascos de metralla. Allí no se produjo nada de eso, se lo aseguro.

—En aquel momento estaban los dos solos. Hymes se hallaba a punto de alcanzar la esquina de la calle Hudson. ¿No cabe la posibilidad de que alguien, surgiendo repentinamente desde detrás de la esquina, le hubiera arrojado el explosivo?

—En absoluto, señor. Lo habría visto indefectiblemente.

—¿Y desde arriba? ¿Desde alguna ventana de la casa inmediata?

—Lo habría visto también, señor.

Valencia se acarició la mandíbula, sumamente pensativo. Aquel misterio se le antojaba indescifrable, pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que estaba íntimamente relacionado con las tropelías de la que el jefe Croysh, certeramente, había llamado la banda fantasma.

—Antes o después de la explosión, ¿vio correr a alguien?

—No, señor. Al menos, a nadie que me infundiera sospechas. El sargento Flanagan acudió con su coche minutos más tarde, pero

puedo asegurarle rotundamente que en sesenta segundos después de la explosión, no acudió nadie. Y antes, por supuesto, tampoco; aquel sector de la Michigan Avenue estaba desierto.

Valencia movió pensativamente la cabeza. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Bien, eso es todo, Legree. Muchas gracias por sus informes.

El joven quedó un buen rato solo en su despacho. Fumó un par de cigarrillos, mientras trataba de establecer una posible relación entre la dinamita, la termita, Ned Hymes y los robos tan escandalosos de los últimos tiempos. Después de media hora de inútiles reflexiones, decidió que lo más conveniente sería darse de nuevo una vuelta por el lugar donde había ocurrido el suceso.

El instinto de policía le hizo echarse una lupa al bolsillo. En el momento de salir, entró un agente mecanógrafo con un sobre en la mano.

—Los últimos boletines de reclamados, inspector —anunció.

—Bien, déjelo sobre mi mesa. Ahora tengo que salir.

—Sí, señor.

En el patio del edificio había varios coches. Ray eligió uno discreto, de matrícula normal, y embarcó en el mismo, poniendo rumbo al lugar del suceso, al cual llegó minutos más tarde.

Empezó a pasearse por la acera, arriba y abajo, sin hacer caso del espeso bullicio de los transeúntes. Las manchas de sangre habían sido borradas ya por completo y no quedaba el menor rastro del horrendo suceso que se había producido noches atrás.

A pesar de todo, conocía el lugar exacto donde había quedado el cuerpo decapitado de Hymes. Después de unos momentos de reflexión, contó tres pasos hacia atrás y volvió la vista hasta la pared del edificio que tenía al lado.

Había un par de tiendas en aquel lugar, separadas por un trozo de muro de unos tres metros de ancho. Una de las tiendas se hallaba destinada a ropa interior de mujer. La otra era una librería.

Valencia se acercó a la pared, examinándola atentamente. Le pareció que el falso granito no estaba todo lo limpio que parecía debía estar, en un sector de unos veinte centímetros de diámetro, aproximadamente. Por supuesto, si habían existido algunas manchas de sangre, ya no estaban; una manguera de agua las había lavado casi. Pero allí había algo que le extrañó, un tono distinto de la piedra artificial, algo así como una especie de quemadura...

Sacó la lupa y, ajeno por completo al interés que despertaba, empezó a recorrer aquel sector centímetro a centímetro, con todo detenimiento. De pronto creyó ver algo que le hizo prorrumpir en

una exclamación.

En el mismo instante, sonó una voz a su lado.

—¿Puedo ayudarle en algo, inspector?

Valencia se volvió. Era el sargento Flanagan.

—Sí, sargento —contestó—. Haga el favor de ponerse en comunicación con la Jefatura y ordenar que venga el analista inmediatamente, con toda urgencia. Mientras tanto, el agente que le acompaña, deberá situarse junto a este sector del muro, sin permitir en absoluto que nadie se acerque al mismo.

—Muy bien, inspector —contestó Flanagan, habituado a recibir las órdenes más disparatadas de sus jefes. Caminó hacia el coche y se sentó ante el poste telefónico, mientras que el conductor cruzaba la acera para situarse en el lugar indicado por el joven.

Ray Valencia entrecerró los ojos y retrocedió un par de pasos con el fin de apreciar mejor la mancha que se advertía en la pared y que, en su opinión, se hallaba a la altura del punto donde se había producido la explosión. Como andaba de espaldas, no vio a una persona que salía de la tienda de ropas y a la cual atropelló sin querer, derribándole los paquetes por el suelo con gran aparato.

CAPÍTULO IV

Alicia Palmer lanzó primero un grito al sentir un pisotón en uno de sus pies. Casi antes de que pudiera apercibirse de lo que le sucedía, se encontró sentada en el suelo, con los paquetes de sus compras esparcidos en torno suyo.

El hombre que la había derribado se volvió hacia ella, con el rostro consternado. Era un joven moreno, atractivo, de buena presencia, en cuyos ojos se reflejaba el asombro que le había producido el incidente.

—Excúseme, señorita —dijo Ray, apresurándose a recoger los paquetes, ayudado por el sargento Flanagan, quien ya había telefonado a la Jefatura—. Le aseguro que no vi nada...

—Te pasa igual que hace doce años, Ray Valencia —dijo la muchacha, muy enojada—. Tampoco entonces tenías ojos para mí.

Valencia se quedó de piedra. ¿De qué le conocía a él aquella lindísima joven, en cuyo rostro aparecía una clara expresión de enojo?

Alicia se bajó las faldas, que enseñaban una generosa porción de sus bien torneados muslos y alargó la mano.

—No te quedes ahí como un tonto y ayúdame a ponerme en pie —exclamó.

Ray tomó la mano de la muchacha, mientras que con la otra sostenía los paquetes.

—Pero yo... usted... No la recuerdo, señorita...

Ella hizo un mohín de enojo.

—Hace doce años yo tenía catorce y aún usaba trenzas. Entonces tú solo tenías ojos para Betty McMahon. Por si no lo sabías —agregó mordazmente—, te diré que ahora ronda los setenta y cinco kilos y tienes seis retoños. Tuviste suerte cuando ella te dejó plantado por Peter Crant, Ray Valencia.

El asombro del joven no cesaba.

—Creo... creo que ahora mismo empiezo a recordar. Usted... tú...

—Sí —dijo ella, recogiendo de nuevo los paquetes—, yo soy la hija de Theodore Palmer, el tendero de Santa Lisa. Alicia Palmer, por si todavía tienes la memoria fosilizada.

—¡Alicia Palmer! —explotó él finalmente—. De modo que aquella chiquilla dientona, pecosa y con trenzas, es ahora...

—No elogies mi belleza, porque te daré con el tacón de mi zapato en la cabeza —cortó ella secamente—. Sí, soy la misma, a punto de quedarse coja para toda la vida a causa del pisotón que me has propinado, so tonto.

El sargento Flanagan lo estaba pasando en grande. Valencia le lanzó una mirada fulminante, que tuvo la virtud de congelar la risa en los labios del patrullero.

—Te presento mis disculpas, Alicia —dijo él humildemente—. Claro que entonces nuestras vidas ya seguían caminos diferentes. La verdad es que tenía seis años más que tú y no se me ocurrió... Bueno, eras aún una chiquilla...

—Y Betty McMahon te tenía el seso sorbido —rio ella alegremente—. ¿Qué haces aquí en Vernon Field?

—Soy inspector de policía, adjunto del jefe Croysh. Alicia lanzó un tenue silbido.

—Vaya —exclamó—, cualquiera lo hubiera dicho. Tengo entendido que orientabas tus estudios hacia la abogacía.

—Y así fue —aclaró él—. Terminé mi carrera a los veintiún años y luego seguí dos cursos de Sociales. A pesar de todo, a los veintitrés años no tenía aún empleo, por lo que tuve que aceptar uno de simple agente en Nueva York.

—¿Y de Nueva York viniste aquí directamente?

—En cierto modo. Estuve cinco años como simple patrullero y luego me pasaron a la División de Homicidios, en la que estuve dos años más. Entonces hice un curso de ampliación en la academia del FBI, al terminar el cual solicite el empleo de adjunto del jefe en Vernon Field. En la academia publicaban anuncios de vacantes similares. Esta fue la que más me gustó entre todas. Mis informes y hoja de servicios también les gustaron y aquí estoy, hace poco más de un año.

—Bien, en cierto modo, no puede decirse que no hayas hecho carrera. Te felicito, Ray.



—¡Alto! ¡Deténgase o disparo!

—¿Y tú? ¿Cómo estas en Vernon Field?

—Soy la ayudante del doctor Marchesi. El día en que te entren deseos de hacerte la trepanación, avísame; te cuidaremos como a un viejo amigo.

—Así que eres enfermera —dijo él.

Alicia se indignó.

—¡Enfermera! Doctora en Medicina, señor mío, con un diploma completamente en regla y dos años de especialización en

neurocirugía.

Valencia la miro de arriba abajo.

—Eres el médico más bonito que me he echado nunca a la cara, sargento, le presentó a la doctora Alicia Palmer. ¿No es verdad que viéndola a ella le entran a uno ganas de sentirse enfermo en el acto?

Flanagan se tocó la visera de la gorra con la mano derecha.

—Mis opiniones coinciden en un todo con las del inspector, doctora. Encantado de haberla conocido.

—Bien —dijo ella—, tendrás que dispensarme...

—¡Aguarda un momento, Alicia! No creas que ahora voy a dejarte marchar tan fácilmente. Primero dime dónde vives...

—En la clínica del doctor Marchesi. Soy ayudante con derecho a alojamiento y manutención.

—¿Dónde está esa clínica? —preguntó el joven, mirando hacia el sargento.

—En Plainton Hill, a tres millas al noroeste de la población, señor. Es una clínica de reciente fundación, relativamente, un año y medio, aproximadamente. Tengo entendido que el doctor posee una gran fama como cirujano, inspector.

—Fui recomendada a él por uno de mis profesores, el cual me hizo grandes elogios suyos, Ray —añadió la muchacha—. Por eso acepté.

—En fin, todos los días se sabe una cosa más. Alicia. Te felicito nuevamente y... dime, ¿qué día tienes libre para que establezcas una dieta adecuada para dos personas a la hora de la cena?

Los lindos ojos de la joven chispearon.

—Lláname por teléfono y te lo diré. No miedo garantizarte día y hora exactos; correría el riesgo de darte plantón.

—¿Mañana?

—Dos días mejor, tal vez. Pasado mañana —le tendió la mano—. Me alegro mucho de haber vuelto a verte, Ray. Adiós.

—Adiós, Alicia.

—Sargento —saludó ella, encaminándose hacia el auto que la esmeraba.

Dejó los paquetes en el asiento posterior, se sentó tras el volante y dio gas. En el momento de arrancar, agitó la mano a la vez que sonreía.

—Una mujer encantadora, sí, señor —suspiró el veterano sargento.

Ray todavía no había salido de su asombro. No eran ya las manifestaciones de la muchacha acerca de su profesión, sino su misma belleza la que lo había impresionado notablemente. De no

haber sido porque ella misma le había reconocido, él no la hubiera recordado jamás. La diferencia entre la chiquilla con trenzas y muchas pecas que había conocido y la espléndida mujer en que se había transformado doce años antes, era sensacional.

Un coche se detuvo en aquellos momentos, del que saltaron dos hombres, uno de los cuales llevaba un maletín negro en las manos. El joven volvió inmediatamente a la realidad de la existencia.

—¿Inspector Valencia? —saludó el hombre del maletín.

—Encantado de verle, profesor Sheldon —comentó el joven. Tomándolo del brazo, dijo—: Venga conmigo, por favor.

Llevó al científico junto a la pared y le enseñó el trozo que había llamado su atención.

—Vea esto, doctor. ¿Le sugiere algo, a simple vista?

Dos de los patrulleros hacían circular a los curiosos que se detenían al verles actuar. Sheldon escrutó la mancha durante unos minutos, a ojo desnudo y con la ayuda de la lupa que le tendió el joven, y después de un buen rato se volvió hacia él.

—Da la sensación de que se haya producido un fuerte fogonazo en las inmediaciones, inspector. No quisiera anticipar nada sin tener pruebas contundentes a mi favor, pero tampoco me extrañaría nada en absoluto hallar algunos indicios, muy leves, por supuesto, de quemaduras de dinamita y de termita.

—Eso mismo había pensado yo, profesor —exclamó el joven—. ¡Adelante, pues; analíceme este sector del muro y, si es preciso, haga desmontar la casa para trabajar con toda comodidad! No olvide que el Departamento de Policía respalda su acción.

—¿La respaldará también el propietario? —sonrió Sheldon.

—Si se pusiera terco, obtendríamos un mandamiento judicial. Bien, le dejo aquí. Flanagan le proporcionará los hombres que necesite. No deje de avisarme en cuanto tenga el informe del análisis.

—De acuerdo, inspector.

Ray consultó su reloj. Ya no tenía nada que hacer allí, de modo que dio media vuelta y, montando en su coche, regresó a la Jefatura.

* * *

Alicia Palmer detuvo su automóvil junto a la puerta de acceso a la mansión. Webster salió inmediatamente del interior.

—Le llevaré los paquetes a su habitación, si no le importa, doctora.

—Muy amable, Webster —contestó ella.

—No se preocupe del coche, doctora, yo lo guardaré luego en la cochera.

—Gracias, Webster.

La muchacha saltó al suelo y penetró en el vestíbulo. Caminó con largos y fáciles pasos, sin perder gracia alguna por ello. Tenía ya un pie en el primer peldaño de la escalera cuando, de pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—Doctora Palmer.

Se volvió. Marchesi estaba en pie, bajo el dintel de la puerta de la gran biblioteca que había frente al comedor.

—Sí, doctor.

Caminó hacia la biblioteca y entró en la estancia, cuyas paredes se hallaban casi completamente forradas de vastas estanterías repletas de libros. El fuego ardía alegremente en una chimenea, no lejos de la cual había una mesita con servicio de licores.

Marchesi escanció dos copas y entregó una a la muchacha, sonriendo agradablemente.

—Borgoña 1937 —anunció—. Un vino excelente, doctora.

—Huele muy bien —elogió ella con una sonrisa. ¿Por qué se sentía tan aprensiva cuando estaba junto a Marchesi? Aún no había podido olvidar el incidente de tres noches atrás y, aunque, aparentemente, la cosa no tenía nada de particular (había presenciado casos similares en otros hospitales en más de una ocasión), el hecho cierto y real era que se sentía un tanto turbada y deprimida.

—Tengo un paciente del cual sospecho padece un tumor no maligno en el cerebro, lo cual le produce ciertas dificultades en el movimiento de los músculos del lado derecho. Si mi diagnóstico se confirma, deberíamos practicar la trepanación con el fin de extirpar el tumor.

—Una idea acertada, doctor —aprobó ella.

—Mañana le presentaré al paciente. Ya tengo las radiografías hechas; quiero que se encargue usted de la obtención de las muestras pertinentes, las cuales confirmarán o denegarán el diagnóstico, una vez analizadas en la ciudad.

Pensativamente, Alicia dijo:

—¿No aparece el tumor en las radiografías?

—No; y eso es lo que me preocupa, verdaderamente, doctora Palmer. Mi opinión, particular y sujeta a error, claro está, mientras no se confirme, es que se trata de un tumor en formación, un tumor, hablando en términos vulgares, aún blando, sin tiempo para haberse formado la cáscara dura que habría dado sombra en la

pantalla. No obstante, la compresión existe y prueba de ello son las dificultades motrices del paciente.

—Podría tratarse de una compresión de médula espinal —sugirió ella.

—Quizá, pero yo no lo estimo así. En fin, los análisis nos lo confirmarán y si todo es tal como yo lo espero, dentro de unos días realizaríamos la intervención.

—Muy bien, doctor. Lo haré como usted lo indica. ¿Las ocho de la mañana le parece buena hora para empezar?

—Excelente, doctora.

—Bien —dijo ella—, entonces, si usted no tiene inconveniente, subiré a mi cuarto para cambiarme. Ah, doctor Marchesi, olvidé darle las gracias por haberme prestado su otro coche.

—No hay de qué, doctora Palmer —sonrió Marchesi amablemente—. Todo lo que hay aquí está enteramente a su disposición.

—Muy amable —sonrió la muchacha. Y ya se retiraba cuando Marchesi la detuvo de nuevo.

—Doctora Palmer.

Ella le miró Inquisitivamente.

—Sí —murmuró.

—La vi esta tarde en Michigan Avenue, cerca ya de la calle Hudson...

—Fui a hacerme algunas compras, doctor Marchesi —explicó ella.

Marchesi movió la mano, mientras sonreía agradablemente.

—Oh, no es de eso que quería hablarla. Pasé con la *limousine* por casualidad y la vi hablando con un joven apuesto y de agradable presencia. ¿Lo conoce usted?

—Sí, es un viejo conocido mío —contestó Alicia—. Vivíamos en el mismo pueblo, en Santa Lisa. Su padre y el mío eran íntimos amigos, aunque él, algo mayor que yo, apenas si se relacionaba conmigo. Ahora es el adjunto del jefe de policía de Vernon Field.

—¡Caramba! —exclamó Marchesi—. Un puesto ciertamente elevado en la policía local.

—Tengo entendido que es un muchacho muy inteligente —sonrió Alicia—. Con su permiso, doctor.

—Usted lo tiene, estimada colega.

Marchesi quedó en el centro de la estancia, con una copa mediada de Borgoña en la mano, mientras se acariciaba la mandíbula con aire distraído. De pronto, con gesto brusco, se llevó la copa a los labios y la vació de un solo golpe. Al terminar, la arrojó

a la chimenea con indescriptible violencia.

CAPÍTULO V

Ray Valencialadeó la cabeza, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Después volvió el mapa al revés y a continuación lo dejó tal como estaba. Se levantó y dio una vuelta a la mesa, mirándolo desde otro punto de vista.

Al cabo de un minuto tomó un lápiz y marcó con más fuerza los lugares donde se habían cometido los robos que tan alarmados tenían a los ciudadanos de Vernon Field. Encendió un cigarrillo y lo dejó colgando de la comisura de los labios.

De pronto, al mover el mapa, un objeto cayó al suelo. Maquinalmente, el joven se agachó para recogerlo, dándose cuenta de que era el sobre que le entregara el agente mecanógrafo el día anterior.

Sacó el encendedor del bolsillo y prendió fuego al cigarrillo. Acto seguido, se sentó en su sillón y colocó los pies sobre la mesa. Abrió el sobre y extrajo de su interior un montón de papeles, todos ellos consistentes en boletines de reclamación, excepto uno que contenía un resumen del conjunto.

Ray Valencia revisó rápidamente los pasquines. Hubo uno que le chocó notablemente. Tratábase de un hombre de unos cuarenta años, fornido, de ojos vivaces aunque huidizos y cejas muy pobladas. Ned Hymes estaba reclamado por falta de presentación ante el funcionario de Libertad Vigilada de Gary, Indiana.

—Bueno, ese ya no tendrá que presentarse más ante ninguna autoridad —murmuró el joven. Y de repente se le ocurrió una idea.

Alargó el tacón del zapato y bajó la palanquita del intercom.

—¿Diga, inspector?

—Necesito al agente Legree. Dígale que venga inmediatamente.

—Sí, inspector.

Utilizó ahora la puntera del zapato para cerrar la comunicación. Aspiró pensativamente el humo del cigarrillo, mientras leía por encima el resumen del conjunto de pasquines de reclamación.

Momentos más tarde llamaban a la puerta del despacho. Valencia quitó los pies de encima de la mesa.

—Adelante.

Entró el patrullero Legree, descubriéndose respetuosamente. Ray le entregó el cartel de reclamación.

—Este es el hombre que murió. ¿Lo reconoce usted, agente?

Legree vaciló unos momentos. Estiró los brazos, contemplando la fotografía críticamente en medio de un espeso silencio.

—Era de noche y no había demasiada luz —murmuró—. De todas formas, tengo la sensación de que le falta algo al retrato.

—¿De veras? ¿Se le ocurre a usted qué pueda ser? —preguntó el joven interesadamente.

Legree calló todavía. De pronto exclamó:

—Inspector, este hombre ha muerto, de modo que tanto da que estropeemos el cartel.

—Sí, así es.

—Bien, señor. Entonces, con su permiso —el agente extrajo un lápiz del bolsillo de su chaqueta de uniforme y, apoyando el pasquín sobre la mesa, empezó a dibujar un bigote en la fotografía. Al cabo de un momento, enseñó su trabajo con aire complacido—. Este era el hombre a quién yo traté de detener, inspector.

Valencia se tironeó pensativamente del labio inferior.

—Así que llevaba bigote, ¿eh?

—Sí, señor.

—Me pregunto por qué diablos querría disfrazarse —rezongó el joven—. Además, debía residir en Gary, no en Vernon Field. Estaba reclamado por la Oficina de Libertad Bajo Palabra de aquella ciudad. Vernon Field se encuentra nada menos que a seiscientas millas hacia el Sudoeste. ¿Qué rayos se le había perdido a un sujeto como Hymes en esta ciudad?

—Bien, inspector, eso es algo que yo no...

El joven agitó una mano.

—Gracias de todas formas, por su cooperación, Legree.

—A su disposición siempre, inspector.

El joven se puso en pie, contemplando la fotografía durante unos instantes. Luego, su vista recayó de nuevo sobre el plano.

Súbitamente, algo estalló en su cerebro con deslumbrante resplandor. Tomó el lápiz rojo y unió con una línea los distintos lugares en donde se habían cometido los robos. Un minuto después, se encontraba en el despacho del jefe Croysh.

* * *

—Fíjese bien en esta línea, jefe —exclamó el joven, tratando de dominar su agitación—. ¿Se da cuenta de lo que representa?

Croysh miró el plano a través de sus lentes.

—Parece una circunferencia incompleta —dijo especulativamente al cabo de sesenta largos segundos.

—Digamos mejor una curva cerrada... que no ha tenido tiempo de cerrarse, jefe —la mano del joven trazó una equis roja en un punto determinado—. Vea esto; aquí se encuentra la joyería de Samuelson y Grossblum. En el lado opuesto —trazó un circulito de tamaño reducido—, estaría el otro clavo.

—¿Qué otro clavo? —preguntó Croysh atónito, temiendo una súbita locura de su adjunto.

Por toda respuesta, el joven prolongó la rama derecha de la curva hasta el circulito recién trazado.

—El de la herradura, jefe. Si unimos con un trazo seguido los puntos donde se cometieron los robos, incluyendo el frustrado a la joyería de Samuelson y Grossblum, veremos que la línea así descrita adopta la forma aproximada de una herradura. Por eso dije antes una curva no cerrada del todo, mejor que una circunferencia.

—¿Y bien? —murmuro Croysh con aire suspicaz.

El lápiz del joven apuntó al circulito recién trazado.

—Usted lleva más tiempo que yo en Vernon Field, ¿no es así? Creo que nació en esta ciudad.

—En efecto, Valencia.

—Perfectamente. Entonces, debe conocer a la gente muchísimo mejor que yo. ¿Qué personaje de importancia o qué tienda de categoría hay en este sector?

Croysh se echó hacia atrás en su silla y miró al techo. Al cabo de unos segundos se enderezó como si le hubiera picado un áspid.

—¡Condenación! ¡Valencia, me parece que tiene usted toda la razón del mundo! Ahí vive Carl J. Thursmond, el principal accionista, por no decir el dueño, de la “Vernon Field Chemical”. Un sujeto con dinero hasta las orejas y...

—Entonces, jefe, ya sabe lo que debe hacer: Establecer una sólida vigilancia en las inmediaciones de la residencia del señor Thursmond.

Croysh alargó la mano.

—Le pondré sobre aviso...

Valencia detuvo el gesto de su jefe.

—No lo haga. Con eso, lo único que conseguiríamos sería, muy posiblemente, dar la alarma y evitar el robo.

—Pero si escapa el ladrón... —objetó el jefe.

—Si la vigilancia es eficaz, no podrá escapar —Valencia se inclinó sobre el plano—. A lo que parece, Thursmond reside en una casa rodeada de jardín por los cuatro costados.

—Así es, muchacho.

—Bien, dejemos al ladrón que robe. Le detendremos cuando

salga.

—¿Y cuándo cree usted que se realizará el robo? —preguntó Croysh, mirándole de hito en hito.

—Ahí sí que ya no llegan mis facultades deductivas, jefe —contestó Valencia—. Lo único que puedo decirle es que la vigilancia debe ser montada a partir de esta misma noche. Mi opinión es que tarde o temprano, la banda fantasma tratará de robar en casa de Thursmond.

—Muy bien, creo que yo también me voy convenciendo de lo que acaba de decirme usted, muchacho. Ahora mismo llamaré...

Unos nudillos golpearon la puerta. Instantes después, un agente uniformado penetraba en el despacho.

—El informe del analista, inspector —dijo el agente, tendiendo al joven un sobre.

Valencia abrió el sobre y extrajo un papel de su interior. Croysh preguntó:

—¿Qué rayos de informe es ese, muchacho?

—Algo relativo a la explosión que decapitó a Hymes, jefe. Espere un momento, por favor.

El joven leyó atentamente el contenido del documento. Al terminar, frunció las cejas:

—Diablos —murmuró a media voz.

Croysh estaba que saltaba en el asiento.

—¡Valencia! ¿Querrá explicarse de una vez? —vociferó.

El joven miró a su jefe.

—Sorprendí en la pared del edificio junto al cual se produjo la explosión una tenue mancha apenas perceptible que me extrañó sobremanera. Hice que el profesor Sheldon la analizara meticulosamente y este es el resultado. Hay vestigios de dinamita y termita, cosa que ya me suponía, dada la proximidad del muro al punto cero de la explosión, pero lo que me deja sin aliento es que Sheldon haya encontrado también partículas microscópicas de platino.

Croysh se quedó con la boca abierta.

—¡Platino! —resopló.

—Así es, jefe —murmuró el joven, completamente desconcertado.

CAPÍTULO VI

Era ya la cuarta noche de la vigilancia en torno a la casa de Carl Thursmond. Valencia empezaba ya a preguntarse si sus presentimientos no habrían sido un sueño de imposible realización. Pero, por otra parte, una especie de sexto sentido le decía que estaba en el buen camino.

La noche era oscura y algo más que fresca. A cien metros de distancia, entre los árboles del jardín, rodeado por una tapia, mitad de mampostería, mitad enverjada, se veían las luces de la mansión de Thursmond. Vernon Field era una ciudad muy activa y muy próspera, y, como consecuencia, el número de personas adineradas y en excelente posición económica era muy elevado, comparativamente con el de otras ciudades de tamaño similar.

Sintió que los pies se le quedaban fríos y fue a golpear el pavimento, con ánimo de hacerlos entrar en calor, pero se contuvo oportunamente; era imperativo no hacer el menor ruido, para no espantar al ladrón, por si se le ocurría aparecer por aquel lugar.

Consultó la hora; pasaban ya de las dos de la madrugada. De buena gana se hubiera ido a la cama, pero no quería hacerlo en tanto no amaneciese; la idea había sido suya y debía dar el ejemplo a los agentes que, como él, estaban vigilando desde cuatro discretos ángulos el edificio.

De pronto se acordó de Alicia Palmer. Una mujer realmente encantadora y con un valioso título, además, en el bolsillo. Calculó su edad, veintiséis años. ¿Cómo era posible que una muchacha tan hermosa hubiera permanecido soltera hasta entonces? Se dijo que se lo preguntaría en la próxima entrevista... que, por cierto, no sabía cuándo tendría lugar; en las dos ocasiones que la había llamado por teléfono, ella le había manifestado tener mucho trabajo. Bueno, pero ¿era que el doctor Marchesi había resultado un ogro y no la dejaba un día a la semana de descanso al menos?

“Mañana protestaré enérgicamente”, se dijo, ansioso, sin saber por qué, de volver a ver a Alicia.

El zumbido de un automóvil sonó de pronto a lo lejos, a unos cien metros de distancia. Agazapado bajo la protectora sombra de un portal, Valencia miró a lo lejos.

En aquel punto tenía uno de sus puestos de vigilancia: un coche patrullero con dos agentes. El automóvil se había detenido junto al

vehículo policial. Segundos después, reanudaba su marcha.

Valencia caminó hacia el patrullero, al mando del cual se encontraba el sargento Fleischer.

—¿Quién era el tipo? —preguntó.

—No le vi bien la cara, inspector. Quiso saber si ocurría algo, le contestamos que no y se dispuso a marchar. Le vi sobre el asiento un maletín negro, como de médico —agregó Fleischer—. Entonces le pregunté si lo era y dijo que sí y que acababa de visitar a un paciente. Después se marchó.

—Está bien —contestó el joven—. Sigan...

La lámpara de la radio centelló en aquel instante. Valencia introdujo la mano a través de la ventanilla y tomó el teléfono que le ofrecía el sargento.

—Aquí inspector Valencia, junto al coche de Fleischer —dijo.

—Habla el cabo Murphy, señor. Estamos viendo un sujeto sospechoso que acaba de salir por la parte posterior, al parecer por un orificio de la reja. Cojea ligeramente, aunque anda con paso bastante rápido. Ahora dobla la esquina de Bransbury Road y entra por Mason Avenue, señor.

—Está bien. Sígale a prudente distancia. No se acerquen demasiado a él. Transmita esta orden a las restantes unidades.

Valencia entregó el teléfono al sargento y abrió la portezuela posterior.

—Pronto, vamos hacia Mason Avenue. No enciendan los faros. Creo que dentro de unos minutos atraparemos al ladrón.

El coche arrancó silenciosamente por la calle Newland, siguiendo con cierta lentitud junto al bordillo de la acera. Previsoramente, Valencia había desenfundado el revólver de reglamento que llevaba en una funda axilar, bajo la chaqueta.

La esquina de Mason Avenue estaba a cincuenta metros y en ella había un farol que expandía una neblinosa luz. Un hombre apareció de pronto en la esquina.

El hombre pareció titubear un momento. Valencia se dio cuenta de que llevaba puesto un sombrero que le pareció de tamaño un tanto exagerado.

De pronto, el individuo bajó al arroyo y empezó a cruzar en diagonal con ánimo de llegar a la esquina opuesta.

Valencia temió que hubiera algún cómplice apostado en las inmediaciones.

—Acelere, pronto —ordenó al conductor.

El coche arrancó súbitamente.

—Avise a Murphy, sargento. Conductor, encienda los faros.

Mientras Fleischer atareaba la mano hacia el teléfono, el pie del conductor hundía el acelerador, a la vez que los faros del coche se encendían bruscamente.

Sorprendido por la repentina iluminación, el sujeto se detuvo un momento y miró hacia el vehículo. Su vacilación duró un segundo escasamente: casi en el acto, giró sobre sus talones y echó a correr. Valencia se dio cuenta de que, aunque se defendía muy bien en la carrera, su pierna derecha arrastraba ligeramente.

Con gesto repentino abrió la portezuela trasera del lado derecho. Agarrándose al reborde interno del techo, sacó el cuerpo por fuera.

—¡Alto! ¡Deténgase inmediatamente! ¡Entréguese a la Ley o abriremos fuego en el acto!

En el mismo instante, un deslumbrante relámpago, de cegadora blancura, disipó las tinieblas del lugar. Valencia vio que un objeto salía volando por los aires, envuelto en llamas, y que luego caía al suelo. Dedujo que debía tratarse del sombrero del individuo, el cual, tras una corta carrera de cuatro o cinco pasos, se desplomó en seco sobre el pavimento, arrojando chorros de sangre por la horrible herida que tenía a ras de los hombros.

La detonación sonó con tremendo estrépito. El conductor del coche frenó tan súbitamente que estuvo a punto de arrojar al suelo a Valencia. Este consiguió mantenerse en equilibrio y saltó fuera del vehículo, apenas tuvo ocasión para ello.

Los otros coches patrulleros acudían inmediatamente al lugar del suceso, iluminando con sus faros el punto donde yacía el ladrón, en medio de un enorme charco de sangre.

Valencia lanzó una orden:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Que no se acerque nadie sin mi permiso! ¡Fleischer, impida que los curiosos se aproximen a menos de veinte metros de distancia! ¡Llame también a la ambulancia, a los expertos, al forense y al profesor Sheldon!

Se detuvo a seis o siete pasos del lugar donde yacía el cuerpo, sintiendo una intensa náusea que le revolvía el estómago. El aspecto del cadáver era verdaderamente repugnante.

Tuvo que hacer de tripas corazón, sin embargo, y, caminando de puntillas, se aproximó al cuerpo tendido en el suelo, arrodillándose a su lado. Percibió un olor extraño y acre, que le produjo picor en la nariz. Estornudó un par de veces, sacó un pañuelo, se sonó y, al fin, empezó a registrar los bolsillos del muerto.

Un minuto después se retiraba con un grueso fajo de billetes en la mano. Los agentes habían establecido ya un cordón y cerraban el paso a los curiosos, despertados por el estampido de la explosión.

A lo lejos se oyó el alarido de una sirena. Segundos después, el jefe Croysh hacía su entrada en escena.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—Otro miembro de la banda fantasma que ha muerto, jefe —dijo el joven. Le enseñó el dinero—. Por lo menos hay cincuenta mil dólares.

—Robados en casa de Thursmond —expresó Croysh secamente.

—Así ha sido, jefe —respondió Valencia. Miró una vez más el cadáver—. Por lo visto, todo el que pertenece a la banda fantasma y está en peligro de ser atrapado, no puede seguir viviendo.

—Me pregunto —dijo Croysh con voz débil— qué clase de artefacto infernal deben utilizar.

—Uno en cuya composición entran la dinamita y la termita, jefe. Ahora bien, ¿qué medio emplean para hacer deflagrar el explosivo?

Croysh era un veterano policía, y aunque admitía muchos de los modernos métodos de investigación, en especial debido a su eficacia, solía desenvolverse mucho mejor a la antigua usanza, siempre, naturalmente, que no se tratase de un caso demasiado complicado. Por ello guardó un prudente silencio cuando el joven formuló aquella pregunta.

Valencia le entregó el dinero.

—Jefe, creo que la devolución le compete a usted. Ah, tengo entendido que el ladrón salió por un boquete abierto en la verja. Convendría examinarlo, a ver qué podemos deducir de ese agujero.

—Muy bien —dijo Croysh. Devolviendo el dinero iba a quedar como un héroe a los ojos de Thursmond, y esto a los ojos del electorado siempre daba resultado. Llevándose a un agente consigo, emprendió la marcha en el acto.

Empezaron a sonar más sirenas. Llegaron los coches con los expertos y el forense. Valencia prohibió a los primeros que actuaran momentáneamente; no era allí donde más interesaban las posibles huellas. Se llevó al doctor Trenton a un lado y le habló en voz baja.

—Doctor, ese hombre está muerto, ya se ve. No me importa que haga nada hasta que esté en la *morgue*. Antes quiero que venga el profesor Sheldon y recoger todos los fragmentos de su cabeza que hayan podido quedar dispersos en el área.

Trenton miró al joven.

—Valencia, ¿qué diablos se trae usted entre manos?

—Todavía no lo sé bien, doctor, aunque sí puedo decirle que quiero que trabaje en conexión con el profesor Sheldon. Entre los dos pueden hallar cosas muy interesantes.

Trenton dirigió una interesada mirada al lugar donde yacía el

cadáver.

—El cráneo ha quedado pulverizado o poco menos, pero creo que podremos recoger algún fragmento. Si le parece, puedo intentarlo con uno de Huellas, solamente en los bordes del área de explosión.

Valencia volvió la vista hacia el lugar, acordonado en un radio de casi veinte metros a partir del punto donde yacía el cadáver.

—Bien, hágalo, pero no se acerque todavía a menos le tres o cuatro metros. Antes que usted, y no se moleste por ello, quiero que actúe el profesor Sheldon.

—Sí, he hablado con él y me ha dicho algo relativo a la dinamita, ¡Rayos! Muchacho, ¿con qué clase de gente nos estamos enfrentando?

—Con una banda compuesta por individuos terriblemente astutos y con un jefe duro y despiadado —contestó el joven.

—Está bien, voy a empezar a trabajar ahora mismo.

—Trenton se subió el cuello del abrigo y lanzó un gruñido—. ¡Brrr...! ¡Vaya una noche! Valencia, ¿sabe usted cuándo viene la primavera?

—Antes del verano —contestó el joven, riendo.

CAPÍTULO VII

El doctor Marchesi terminó de leer el periódico y lo arrojó a un lado con gesto de enojo.

—¡Malditos policías! —murmuró entre dientes, con los ojos brillantes por la ira.

—Te lo recomendé yo —dijo Mónica—; debías haber esperado algún tiempo más antes de dar el golpe en casa de Thursmond.

—La ocasión era óptima —rezongó Marchesi—. Era la noche de cada mes en que Thursmond tenía los cincuenta mil en billetes. ¿Por qué desaprovecharla?

—Yo creo que no hubiera estorbado esperar otro mes. El fracaso de Samuelson y Grossblum estaba demasiado cerca, jefe —manifestó Webster sentenciosamente.

—Lo que yo me pregunto —dijo Mónica—, es cómo diablos habrán podido adivinar que íbamos a dar el golpe esta noche.

—Estaban apostados los policías en las inmediaciones —contestó Marchesi—. Seguramente, llevaban más noches vigilando y, claro, acertaron.

—Pero el pobre Rigby se ha ido ya al diablo —suspiró Webster—. Lástima, era un buen chico.

—No supo lo qué le sucedía —gruñó el médico—. Para mí, la lástima está en los cincuenta mil que se perdieron.

—¿Tienes algún golpe más en perspectiva? —preguntó el ama de llaves.

—Sí, dos más, pero, por ahora, vamos a estar quietos.

—¿Por qué?

—La policía vigilaba la casa de Thursmond porque habían llegado a la conclusión de que iba a ser robada. Cómo habían llegado a esa conclusión es algo que no podemos saber por el momento, pero lo cierto es que si hicieron un cálculo, lo acertaron. Vernon Field es una ciudad donde, en proporción, abundan las gentes adineradas como las moscas en un estercolero. Podemos hacernos fabulosamente ricos, pero, ahora bien, debemos obrar con extremada prudencia. Ya hemos conseguido un magnífico botín y aún lo podemos duplicar, si actuamos con las debidas precauciones. No conviene que nos precipitemos; podríamos perder en un solo instante todo lo ganado. Lo importante es saber conservar la calma. Solo así podremos redondear nuestra fortuna.

—Jefe —dijo Webster en tono reflexivo—, se me ocurre una idea. Marchesi miró al chofer.

—Habla —dijo secamente.

—Hasta ahora, solo hemos robado en lugares importantes. Naturalmente, la cosa merecía la pena, pero hemos sufrido dos fracasos, que en conjunto nos han costado doscientos mil del ala. ¿Por qué no damos un par de golpes en sitios menudos? Una estación de servicio, una tiendecita sin importancia... Esto despistaría a la policía, creo yo, ¿no le parece?

Marchesi consideró la proposición, mientras mantenía un ojo cerrado. Con el abierto miró a la opulenta Mónica.

—¿Qué te parece a ti, preciosa?

El ama de llaves hizo un gesto ambiguo.

—De momento, espera un par de semanas. Por otra parte, tienes todavía pendiente la operación de Farral.

Marchesi soltó un juramento.

—Es cierto —gruñó—. Casi lo había olvidado. Menos mal que esa chica parece muy competente.

—Y amiga del inspector Valencia, también.

Marchesi y Mónica se miraron a la cara.

—¿Quién diablos podía saberlo cuando la contraté? —murmuro.

—Quizá no hubiera estado de más despedirla —dijo ella.

—No —Marchesi sacudió la cabeza con fuerza—. Podría causar extrañeza, porque, aparte de que no tengo motivo alguno para ello, al marcharse de Vernon Field, ella iría a despedirse del inspector. Además, me es absolutamente necesaria para la primera parte de la intervención.

—Con tal de que no se sienta tan curiosa como el doctor Saxton...

—Entonces —dijo Marchesi con acento estremecedor—, las plantas del jardín recibirían una nueva dosis de abono.

—¿Tiene ella alguna familia que pudiera reclamarla en caso necesario?

—No, ya lo dije así a Stimbolt en mi carta. Necesitaba un ayudante libre de preocupaciones familiares, a fin de que se entregase de lleno a su tarea.

—No tiene familia, pero está ese maldito inspector —Mónica señaló el periódico—. Y parece condenadamente inteligente.

—¿Y si les provocáramos a los dos un accidente cuando estuvieran juntos? —sugirió Webster.

—No, no puede ser. La necesito a ella. Necesito a un ayudante, no solo para mis operaciones particulares, sino para el resto del

trabajo normal. No conviene olvidar que soy un médico reputado en la ciudad; un ayudante añade respetabilidad a la clínica, aparte de que realmente lo necesito. La chica tiene que vivir, por ahora.

—¿Y el inspector Valencia?

Marchesi dudó unos segundos.

—Déjalo en paz. Haga lo que haga, no va a conseguir descubrir mi secreto.

—Yo no me fiaría mucho. El periódico dice que tiene una pista.

—¡Paparruchas! —exclamó Marchesi despectivamente—. Todos los policías dicen lo mismo para quedar bien ante el público. ¿Qué es lo que van a obtener del suceso de esta madrugada? Simplemente, cuando hayan obtenido las huellas, que ha muerto misteriosamente un ladrón llamado Ness Rigby, eso es todo.

* * *

El inspector Valencia estaba sentado en su despacho, examinando un montón de papeles con los informes forense y del analista, cuando entró en la estancia un policía de uniforme con un documento en la mano.

—La identificación del muerto, inspector.

—Gracias —contestó el joven.

Tomó el papel y empezó a leer a media voz:

—Ness Rigby, alias el “Tortuga”; 43 años de edad, nacido en Toledo, Ohio, soltero, hijo de Thomas y Claire. Tres condenas por robo con violencia, cinco arrestos por vagancia y dos juicios por supuesto tráfico de narcóticos, de los cuales salió absuelto por falta de pruebas. En la actualidad se hallaba sujeto a Libertad Vigilada durante un período de cinco años, como consecuencia de una condena de tres a doce años por robar una caja fuerte y agresión a un vigilante.

Valencia encendió un cigarrillo y se reclinó sobre el sillón, al mismo tiempo que dejaba divagar a su mente. Rigby... el nombre le sonaba... ¿dónde lo había oído recientemente? Se esforzó por recordar, sin llegar a un resultado positivo. Estuvo así unos momentos, hasta que, de súbito, sonó el zumbador del interfono.

Dio el contacto.

—Inspector Valencia.

—Malvern, de Huellas. Inspector, hemos estado examinando el orificio abierto en la verja del jardín de la finca de Thursmond.

—¿Y...?

—El ladrón aserró dos barrotes al nivel de la media tapia, de

mampostería, con el fin de dejar espacio suficiente para poder deslizarse a través del agujero así practicado. Ahora bien, la operación, por lo que podemos deducir, se realizó hace bastantes noches, dos semanas, quizá. El agujero estaba en un sitio donde hay un seto particularmente crecido, a pesar de lo cual, el ladrón dejó los dos barrotes unidos al resto con un poco de substancia adherente, ennegrecida con grasa, a fin de disimular su obra. Luego esperó el momento oportuno y... el resto ya lo sabe usted, inspector.

—Sí, gracias, Malvern; una buena labor —elogió el joven.

Se reclinó de nuevo. Dos semanas antes, cuando prácticamente aquel paraje carecía de vigilancia. Eso explicaba la facilidad con que había aserrado los barrotes. Pero ¿cómo había logrado tranquear el agujero sin ser visto?

Había una explicación: la vigilancia había sido montada a las diez de la noche, cuando ya apenas transitaba un alma por aquellos parajes, a fin de no despertar sospechas. Para robar en el interior de una casa, las horas de siete a diez no eran las más convenientes, dado que, en aquellos momentos, todos sus ocupantes estaban aún levantados. ¿Entonces?

¡El seto!

Rigby había franqueado la verja apenas anochecido, escondiéndose entre la media tapia de mampostería y las plantas. Allí había aguardado tranquilamente el mejor momento para su actuación... que le habría salido redonda a no ser por su intuición.

Volvió a repetir el nombre una vez más. Rigby. ¿Dónde diablos lo había visto u oído poco antes?

El cimbre del teléfono sonó de pronto, apartándole de sus pensamientos.

—Una llamada para usted, inspector. La doctora Palmer —anunció el operador de la centralita telefónica.

—Pásemela al momento, gracias.

Segundos después, la agradable voz de Alicia sonaba en sus oídos. Todos los problemas del joven quedaron automáticamente apartados a un lado.

—Bien —dijo él tras los primeros saludos—, empezaba ya a pensar en tu posible defunción, Alicia. Hace muchos días que nos encontramos y casi hasta ahora no había podido hablarte. ¿Mucho trabajo?

—Bastante —respondió ella—. De todas formas, el horizonte ha clareado hoy un poco.

—Eso significa que te ha quedado tiempo para fijar la dieta alimenticia más conveniente para dos personas.

Ella se echó a reír.

—En cambio, no conozco el laboratorio. ¿Puedes indicármelo tú, Ray?

—Sí, claro; El “Kosmos”, en Michigan Avenue. Diré que tengan preparados todos los ingredientes para las siete y media. ¿Es buena hora?

—¡Magnífica, Ray!

CAPÍTULO VIII

Valencia tenía ya reservada la mesa en un rincón discreto y avisado al “maître”. Este condujo a la joven hasta el lugar donde era esperada.

El inspector se puso en pie lentamente, con la boca abierta de par en par. Durante unos instantes, no supo hacer otra cosa que admirar la esplendente belleza de Alicia, cuyo atavío de fiesta la hacía mucho más hermosa aún de lo que en realidad era.

—¿Y bien, no me invitas a tomar asiento? —sonrió ella.

Valencia salió de su extática actitud y se precipitó a ayudarla a sentarse. Luego lo hizo él, mientras seguía contemplando a la muchacha, cuyos mórbidos hombros sobresalían fuera del escote de su vestido de fiesta, un traje azul oscuro, que delimitaba claramente sus formas prietas y esculturales.

El joven meneó la cabeza:

—Y que *esto* sea un médico —murmuró—. Estarías mejor en un trono de plumas de pavo real sobre nubes que no rajando cráneos a los pobres enfermos.

—Encuéntrame ese trono y dejaré la Medicina —sonrió ella.

—Ordenaré que lo busquen apenas hayamos terminado de cenar. Ahora —el camarero depositaba dos copas en aquel momento—, vamos a tomar el aperitivo —levantó su copa—. No quiero decir vulgaridades, Alicia. Por ti.

Los párpados de la muchacha aletearon.

—Gracias Ray. Verdaderamente, has cambiado bastante desde que perseguías a Betty Mac Mahon.

—Aparte de que ahora ya no está ella aquí, en realidad, la que has cambiado eres tú, Alicia, y, francamente, no sabes cuánto me alegro de que hayas venido a residir en Vernon Field.

Ella le miro por encima de la copa.

—Te agradezco la galantería. Ray —su voz sonaba ligeramente ronca.

—No hay galantería, soy sincero, querida. Y aún me alegro más de que sigas soltera.

—Vaya. Ray, ¿te estas declarando? En doce años, solo nos hemos visto dos veces y estas ya diciendo una cantidad de cosas como no las he oído hasta ahora.

—No me digas eso. Estoy seguro de que habrás recibido cientos

de proposiciones a partir del momento en que cumpliste los dieciséis años. ¿Por qué a los veintiséis —es inútil ficciones de edad entre nosotros dos— sigues soltera todavía?

Ella dejó la copa sobre la mesa.

—La verdad, Ray, mis estudios, primero, y el ejercicio de la profesión, después, me impidieron pensar demasiado en el matrimonio. Es cierto que, ahora ya en serio, un par de veces pidieron mi mano, pero aunque se trataba de unos muchachos excelentes, terminé por negarme.

—Adoras tu profesión, a lo que parece.

—Cierto, pero también es cierto que cuando la cosa ocurrió, aun no me había graduado. El matrimonio me hubiera impedido concluir los estudios.

—¿Y ahora que ya eres médico de pies a cabeza?

Alicia le miró maliciosamente.

—Si encuentro al nombre de mis sueños...

Valencia apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Quieres que te describa a tu príncipe azul? Espera, te lo diré ahora mismo: es alto, de pelo negro y ojos oscuros, no mal parecido, de treinta y dos años, con el título de abogado, graduado en Ciencias Sociales y, actualmente, adjunto del jefe de policía de Vernon Field. Ese hombre goza de buena reputación, es de costumbres morigeradas, amante del hogar y, aunque no es rico, disfruta de un sueldo que subviene satisfactoriamente todas sus necesidades, sueldo que, con toda seguridad, será aumentado el día en que encuentre a la mujer de sus sueños, cosa que me parece ha sucedido ya.

Alicia sonrió.

—Eres muy precipitado, Ray. No hagas todavía unas conclusiones que puedan estar erradas más adelante.

—Bien, podemos esperar un poco, ¿no te parece?

—Solo nos hemos visto dos veces, Ray. No te dejes deslumbrar por mi aspecto —dijo ella sensatamente.

El joven sonrió.

—Será delicioso tener el médico en la propia casa y quejarse de dolor de cabeza. Mis gripes invernales resultarán una verdadera delicia, ya lo verás.

—Optimista —rio ella, y, en aquel momento, empezaron a servirles la cena.

Estaban terminando, cuando entró un agente de uniforme en el restaurante. El policía miró a derecha e izquierda, y al ver al joven avanzó rectamente hacia su mesa.

—Buenas noches, inspector. Buenas noches, señorita.

—Hola, Legree. ¿Sucedó algo?

—Sí, señor. El profesor Sheldon me ha entregado esta nota para usted. Dice que es una ampliación del análisis, cuyo informe le entregó esta mañana.

—Muchas gracias, Legree.

El patrullero se retiró.

—Con tu permiso, Alicia —dijo el joven, desdoblando el documento.

Leyó su contenido rápidamente.

“...Los rastros de dinamita y termita están concluyentemente definidos, así como partículas microscópicas de platino, todas ellas en forma esférica, como resultado de una fusión instantánea... Además, en esta ocasión y, tras nuevos esfuerzos, he hallado indicios de polivinilo y otros poliésteres, lo cual indica la existencia de una materia plástica en el artefacto explosivo...”

—¿Es algo importante, Ray? Oh, perdona la curiosidad —disculpóse ella.

—No te preocupes. Se relaciona con el suceso de hace dos noches.

—¿Te refieres al individuo a quién una explosión destrozó el cráneo?

—Sí, el mismo, un tal Ness Rigby. Todavía no sabemos de qué manera se hizo estallar el artefacto que lo mató y... ¡Rigby! ¡Pero, qué tonto he sido! ¿Cómo no he recordado su nombre antes? ¡Estúpido de mí!

Movió la mano rápidamente, haciendo acudir al camarero. Dejó unos billetes sobre la mesa y se puso en pie.

—Lo siento, Alicia, pero tengo que dejarte inmediatamente. Acaba de ocurrírseme una idea y necesito comprobarla cuanto antes.

—Espera —dijo ella—. ¿Puedo acompañarte? La verdad, no me gusta quedarme aquí plantada.

—Está bien —sonrió él—. Puedes venir. De todas formas, es a mi despacho hacia donde me dirijo. Vamos.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban en el despacho del

joven. Valencia indicó a la muchacha una silla y luego revolvió los papeles que tenía sobre la mesa, hasta encontrar el que le interesaba.

—Perdóname unos momentos —dijo.

Ella asintió.

Valencia leyó rápidamente el resumen de los boletines de reclamación. De repente, soltó una exclamación:

—¡Ah, aquí está! Sí, ya decía yo que había visto su nombre en algún lugar en los últimos días.

—¿A qué te referes, Ray? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—El sujeto que murió hace dos noches. Estaba reclamado por el oficial de Libertad Bajo Palabra de Springfield, Illinois.

—No entiendo —murmuró Alicia.

—Sería largo de explicar —respondió él, en el momento en que el jefe Croysh penetraba en su despacho.

—Valencia, me dijeron que había vuelto apresuradamente... Oh, perdóneme, señorita, no la había visto.

El joven hizo las presentaciones:

—Alicia, te presento al jefe de policía Croysh. Jefe, la doctora Palmer.

—Encantada, jefe —saludó ella.

—Mucho gusto, doctora. Perdona la pregunta, inspector, pero, ¿tiene ella algo que ver con este asunto?

—En absoluto. Lo que sucede es que estábamos cenando juntos y la traje conmigo por no dejarla sola. Se me había ocurrido una idea y...

Valencia blandió el resumen de boletines.

—Jefe, Hymes estaba en libertad condicional y murió. Rigby estaba en libertad condicional y murió también, ambos después de haber cometido sendos robos. ¿Se da cuenta de que los dos hechos pueden tener cierta relación entre sí?

—Es posible —admitió Croysh—, aunque lo verdaderamente misterioso es la forma en que murieron ambos. No había nadie por allí, salvo nosotros en el segundo caso y el patrullero Legree en el primero... y sin embargo, la cabeza les voló en mil pedazos. ¿Quién, cómo y por qué lo hizo?

—El porqué ya lo sabemos, mejor dicho, nos lo suponemos —afirmó el joven—. El jefe de la banda no quería que los ladrones atrapados hablaran. Ahora, quién es y cómo los mató, es algo que todavía ignoramos, por lo menos, hasta cierto punto en lo que se refiere a la forma en que murieron. Sabemos que fue utilizada una mezcla de dinamita y termita, pero desconocemos de todo punto la

forma en que fue hecho deflagrar el explosivo.

—Quizá fueron ellos mismos quienes provocaron la explosión.

—¿Dos ladrones, sin ningún homicidio sobre sus conciencias y con solo el riesgo de unos años de cárcel? Hay cosas que solo las hacen determinadas personas y en determinadas circunstancias, que ya no se producirán. Me refiero a los pilotos japoneses suicidas, pero ni Hymes ni Rigby tenían vocación de suicidas.

—Pues es indudable que alguien los mató —murmuró rabiosamente el jefe de policía.

Después hubo un silencio. Croysh sugirió:

—¿No cabría la hipótesis de que el jefe de la banda hubiera disparado desde lejos algún proyectil explosivo al ver a su esbirro en peligro?

Valencia sacudió la cabeza.

—En primer lugar, los dos sucesos ocurrieron de noche, lo cual significa mala iluminación. Después, ese supuesto tirador debería poseer una puntería infalible; recordemos que en ambas ocasiones ha sido la cabeza el blanco de la explosión. Y, por último, ¿qué clase de arma habría utilizado? El único proyectil que yo conozco, capaz de volatilizar la cabeza de un individuo, es la granada de un “bazooka”; pero hasta un arma semejante produce algo de ruido en el momento del lanzamiento. Y, por otra parte, ¿cómo acertar *exactamente* en la cabeza del sujeto, de un sujeto que, no lo olvidemos, iba corriendo en ambas ocasiones? Ni aun con un rifle de precisión se lograría un blanco semejante, jefe.

Croysh tuvo que convenir en que las palabras de su subordinado eran muy sensatas. Lanzó un suspiro y dijo:

—En fin, no nos queda otro remedio que seguir investigando. ¡Ay de mí! —se quejó lúgubrementemente—. Pobre pellejo mío; lo veo colgado ya de cuatro palos en marco si no encontramos pronto al autor de semejantes estropicios.

Valencia se echó a reír.

—No sea pesimista, jefe. Hay un axioma indiscutible, y es que, tarde o temprano, el criminal comete siempre un error. Falta ahora saber cuándo y dónde lo cometerá. Bueno, me parece que aquí ya no tengo nada que hacer. Hasta mañana, inspector. Doctora...

Al quedarse solos, Valencia dejó caer los papeles sobre la mesa. Miró a la muchacha y sonrió.

—Me parece que te he estropeado la noche —dijo.

—No lo creas, me he divertido mucho —Alicia se puso en pie y se ajustó sobre los hombros la capa de piel que llevaba—. Creo que es ya un poco tarde.

—Te acompañaré, si no tienes inconveniente.

—Claro, Ray.

El joven no despegó apenas los labios mientras duró el trayecto, sumamente preocupado por los problemas que tenía pendientes y que aún no había podido resolver. Cuando los reflectores del automóvil iluminaron la verja de entrada a la clínica, Alicia, que era la conductora, detuvo el vehículo.

—Bien —dijo—, ya hemos llegado.

Valencia la miró sonriendo.

—Lamento haberte estropeado la velada, Alicia. ¿Cuándo podremos vernos de nuevo para indemnizarte de los perjuicios que te he causado esta noche?

—Ya te llamaré por teléfono. En realidad, no sé cuándo podré disponer de otra noche libre.

—Tu jefe es un ogro. ¿Es que no te deja un día a la semana, por lo menos?

—El trabajo en una clínica no es una cosa regular, como en una oficina comercial —se defendió ella.

—Vaya un consuelo que me das. De todas formas, si antes de una semana no me has llamado, lo haré yo. Aún no sé si soy o no el príncipe de tus sueños.

—Será mejor que dejemos pasar aún algún tiempo, ¿no crees? Dos entrevistas en solo doce años, no contribuyen precisamente a mejorar nuestro conocimiento mutuo.

—Ya nos conocíamos antes —se quejó él.

—Sí, pero entonces yo tenía catorce años y tú veinte. Me tratabas como a una chiquilla...

Valencia rodeó con sus brazos los hombros de Alicia y la atrajo hacia sí.

—Y a ti te habría gustado que te hubiese tratado como a una mujercita, ¿no es eso? —Al mismo tiempo buscó los labios de la muchacha con los suyos.

Alicia pareció ceder unos momentos. De pronto, se separó con cierta brusquedad.

—No, Ray —exclamó—, no estropeemos la velada. Sigamos siendo buenos amigos... y que el tiempo diga si esta amistad se ha de convertir en algo más duradero. ¿Comprendes?

El joven lanzó un hondo suspiro de decepción.

—Comprendo —dijo. Abrió la portezuela y sonrió—. Me alegro de que estés en Vernon Field, Alicia.

—Yo también, Ray —contestó ella con suave sonrisa. Y tocó el claxon para que le abrieran la puerta de la verja.

Valencia esperó a que la joven hubiese franqueado la puerta después, metiéndose las manos en los bolsillos, echó a andar por el caminito que conducía a la carretera que llevaba a la ciudad y cuya longitud era de unos doscientos metros. Pensó con cierto fastidio en que, por acompañar a Alicia debía recorrer tres millas a pie, pero al mismo tiempo trató de consolarse, calculando en que no faltaría un piadoso automovilista que le ahorraría parte de la caminata.

Había recorrido, aproximadamente, la mitad de los doscientos metros, cuando, súbitamente, algo chispeó no lejos del lugar en que se hallaba.

CAPÍTULO IX

Fue un relámpago anaranjado, en forma de lanza de fuego, no excesivamente grande, sin embargo, acompañado de un leve chasquido, como una suave palmada. Mientras la vista y el oído del joven captaban tales fenómenos, algo agitó el aire a muy corta distancia de su mejilla.

Valencia comprendió al instante que le habían disparado un tiro. Sin pensárselo dos veces, se dejó caer al suelo, procurando quedar a un lado del caminito, fuera de la zona relativamente clara, en busca de la protección que podían brindarle las sombras.

Esperó unos momentos, con el corazón alborotado. Se dijo a sí mismo unas cuantas lindezas por no haber llevado el revólver de reglamento, pero ¿quién iba a pensar que una velada en compañía de una linda muchacha terminase a tiros?

El disparo no se repitió. Valencia empezó a creer que el asesino había dado como supuesto su objetivo. Se extrañó, ya que no había advertido fueran seguidos en el trayecto de la ciudad a Plainton Hill, pero quizá era que las preocupaciones le habían impedido percatarse de la persecución.

Estaba a punto de levantarse, cuando, de pronto, unos ramajes crujieron no lejos de él. Mantuvo su inmovilidad, a costa de crispas los dedos contra la hierba del borde del camino. El asesino se acercaba, sin duda para rematar su obra.

Una silueta surgió en la relativa claridad del camino.

La oscuridad le impedía ver las facciones del sujeto que se aproximaba cautelosamente, con un objeto metálico en las manos, pero creyó advertir tenía tapada la cara parcialmente con un pañuelo negro. Sus manos estaban enguantadas también en negro. Era indudable que se acercaba para comprobar lo certero de su puntería y, en su defecto, rematar la obra.

Valencia dejó que el sujeto se le acercase hasta tocarle el costado con sus pies. Sintió que uno de estos hacía presión para volverle de cara y accedió al gesto, pero, al mismo tiempo, disparó en semicírculo horizontal uno de sus brazos.

Las piernas del asesino flanquearon. Un sordo lancetazo de fuego taladró las tinieblas. Valencia repitió el golpe y el sujeto cayó de espaldas. Se oyó un ruido metálico: al parecer, la pistola se había escapado de sus manos, chocando contra una piedra.

El joven se puso en pie de un salto, a la vez que su antagonista. Este arremetió con la cabeza baja, golpeándole en el pecho con terrible fuerza y derribándole de nuevo. Valencia sintió que se quedaba sin aire en los pulmones.

El asesino había perdido la pistola y la oscuridad, unida a las circunstancias de la lucha, le impedían perder tiempo en buscarla. Levantó el pie derecho, con ánimo de machacar la cabeza del joven.

Dominando el vivísimo dolor que sentía, Valencia agarró el tobillo de su antagonista y lo retorció cruelmente. Se oyó una interjección de rabia. El joven se puso nuevamente en pie, pero su adversario no le iba a la zaga en lo tocante a agilidad y fortaleza.

Valencia consiguió colocar un formidable derechazo en el pómulo del sujeto, haciéndole retroceder trastabillando. Cargó de nuevo contra él y le castigó el estómago, pero apenas un segundo después le pareció que le habían puesto una bomba en el vientre.

Retrocedió, comprendiendo en medio de la agónica confusión del terrible dolor que sentía, que el asesino le había clavado la puntera del zapato en la ingle. Agarrándose la parte afectada con una mano, cayó de rodillas, tanteando el suelo con la otra, a fin de apoyarse.

Súbitamente, sus dedos tocaron la culata de una pistola. Un último instinto le dijo que debía utilizar el arma para salvarse. Delante de sus ojos, confusas manchas multicolores bailaban una frenética zarabanda.

En aquel momento, un puño le golpeó la sien izquierda. Instintivamente, con los últimos momentos de su consciencia, levantó el arma y presionó el gatillo.

El fogonazo iluminó a un sujeto totalmente vestido de negro. Valencia sintió que se hundía en un pozo sin fin, pero aún tuvo tiempo de disparar de nuevo. Entonces, el atacante huyó a la carrera.

* * *

El desmayo del joven duró muy poco, escasos minutos tan solo. El fresco de la noche y el dolor que aún sentía en el bajo vientre contribuyeron a despertarle con cierta rapidez. Se asombró de verse aún con la pistola entre los dedos fuertemente crispados, aunque no fue detalle que lamentara, precisamente.

Al cabo de unos momentos pudo recobrar las fuerzas y se puso en pie. Inspiró con fuerza, hasta que sintió que los dolores cedían notablemente. Luego, sacando un pañuelo, envolvió la pistola y la

guardó en un bolsillo del abrigo, aunque parte del cañón y el silenciador sobresalían por fuera del mismo. Torpemente aún, emprendió el camino hacia la carretera.

No esperó encontrar a nadie en las inmediaciones. Seguramente pensó, el asesino no se había dado cuenta de que se desmayaba y creyó que lo iba a perseguir a tiros. Tratar de buscarle ahora sería tarea inútil, además de fatigosa: estaba convencido de que había tenido un coche esperándole a la entrada del caminito y que, fallido el golpe, había huido a esconderse en la ciudad.

Llegó a la carretera y, tras algunos intentos, consiguió detener un pesado camión de carga, que le dejó en las proximidades de Vernon Field. Caminó dos centenares de metros y encontró un coche de patrulla, en el cual se hizo conducir a su domicilio.

Antes de dejar el coche, entregó la pistola a los patrulleros, con la recomendación de que Malvern averiguara todo cuanto se refería a su dueño. Después subió a su apartamento y, cansado y molido, se metió en la cama, quedándose dormido a los pocos momentos.

* * *

Los ojos del doctor Marchesi despedían llamas.

—¡Imbécil! ¡Mil veces imbécil! —tronó—. Te dije que no debías tocar al policía.

—Estuvo cenando con la doctora Palmer —se defendió Webster—. Luego fueron juntos a la Jefatura. ¿Qué diablos quería que hiciera?

—Pedazo de estúpido. ¿Es que no te das cuenta de que la doctora no sabe nada?

—Puede contarle lo que pasa aquí...

—¿Y qué diablos le va a contar? ¿Qué es una clínica neuroquirúrgica? Bueno, no puede decirle más, por mucho que el otro la sonsaque. Además, son conocidos desde niños. ¿Tiene entonces alguna importancia que él la invite a cenar cuantas veces quieran? Además, si no sospecha de nosotros, porque no tiene razón alguna para sospechar, ¿de qué quieres que hablen en sus conversaciones? Ella es lo suficientemente bonita para que Valencia no se acuerde siquiera de que es una doctora. ¿No te pasaría a ti lo mismo?

Webster asintió a regañadientes. Sentada en un lado de la mesa, con una copa de licor en la mano, Mónica escuchaba impasible la discusión. El único signo de vida que ofrecía era el suave movimiento de ascenso y descenso de su opulento pecho.

—Sí, quizá sí —rezongó Webster—. Pero, recuerde lo que le digo, doctor. En cuanto se enteró de la amistad de la doctora Palmer con el policía, debió largarla de aquí inmediatamente. Esa amistad nos llevará a todos a la ruina, ya lo verá.

—Hubiera sido mucho peor despedirla a los dos días de admitida. ¿Qué pretexto hubiera podido alegar? Ninguno razonable, por supuesto, y entonces, ella hubiera ido a decir adiós al policía. Quizá Valencia se habría preocupado por esa insólita despedida y... Déjala como está; además, es muy competente y la necesito.

—Usted manda, doctor —rezongó Webster no muy convencido.

—¿Te vio la cara? —preguntó Marchesi de pronto.

—No. Había mucha oscuridad y, además, la llevaba cubierta con un pañuelo. Fallé el primer disparo, eso es todo.

—Sí, ¿y sabes lo que hubiera ocurrido entonces? Valencia habría sido echado en falta y todo el Departamento de Policía se habría puesto a buscarlo frenéticamente. Hubieran interrogado a todas las personas que le habían visto por última vez, entre ellas, la doctora Palmer. La doctora hubiera manifestado que se despidió de él en la verja, de modo que entonces los policías solo habrían tenido que buscar entre Plainton Hill y Vernon Field. El resultado final ya te lo puedes imaginar.

—El parque es muy grande —rezongó Webster.

—De todas formas, lo prefiero vivo —exclamó Marchesi.

—Y hablando de otra cosa —terció Mónica de pronto—, ¿por qué no discutimos los próximos golpes?

—Hemos de dejar pasar algún tiempo.

—Tenemos ya dos sujetos preparados, Jules —insistió ella.

Marchesi se sentó ante la mesa y extendió un papel sobre el tablero.

—Objetivo número uno: domicilio de Casius Herbert Sheadow. La esposa es una cacatúa, pero cada vez que va a una fiesta, lleva encima joyas por valor de un cuarto de millón.

“Objetivo número dos: oficinas de la Randall Manufacturing. Los jueves por la noche hay en la caja fuerte dinero en metálico para pagar la nómina de la compañía, que asciende, en cifras redondas, a ciento cincuenta mil. Todos billetes pequeños, de fácil manejo y mejor circulación. Ah, Webster, aquí hay un guarda armado toda la noche del jueves. No te olvides de comprar una pistola de agua, para llenarla de anestésico.

—De acuerdo, doctor.

—Objetivo número tres —siguió Marchesi, impassible—. Oficinas de la McGowan Express Company. En su caja fuerte hay siempre

gran cantidad de paquetes muy pequeños, pero todos conteniendo objetos de valor que la Compañía se encarga de transportar: fajos de billetes, paquetes de bonos, joyas y demás. Son envíos delicados, que requieren mensajeros especiales, hechos por personas que quieren una mayor seguridad aún que la que proporciona el Servicio de Correos. Estos envíos, normalmente, se hacen sin grandes apremios de tiempo por parte de los remitentes y destinatarios, por lo que una vez a la semana se realiza el transporte. Días de transporte, los viernes; así, el sábado los destinatarios tienen su envío y la caja queda vacía el fin de semana, ya que la Compañía no admite más paquetes hasta el lunes siguiente. El botín que nos puede proporcionar este golpe puede ascender hasta los doscientos mil.

Marchesi soltó una carcajada.

—Hice bien en establecerme en Vernon Field. Es una ciudad muy rica; prácticamente, basta con abrir el grifo, poner el cubo debajo e inmediatamente se llena de oro. Estos tres últimos golpes nos proporcionarán seiscientos mil dólares más. Webster, para ti trescientos mil del conjunto. Un millón para Mónica y para mí... ¡y a disfrutarlo en Florida! ¿Qué os parece mi plan?

Los ojos de Webster relucieron codiciosamente.

—Trescientos mil —dijo, lamiéndose los labios, súbitamente resecos.

Mónica no parecía muy impresionada por las cifras.

—¿Cuándo daremos los golpes? —inquirió con voz inflexible.

Marchesi hizo un somero cálculo.

—Tengo listos a Doneel y Havelock. Falta preparar a Farral. Mientras Farral no esté listo y hayamos comprobado que obedece exactamente todas las órdenes que se le den, no podremos actuar.

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

—Además de preparar a Farral, tengo que terminar también otras cosas. He decidido no dar más golpes en Vernon Field. Cuando hayamos asestado los tres que tengo en proyecto, permaneceremos todavía algunas semanas en la ciudad, con el fin de no despertar demasiadas sospechas. Después, yo me sentiré agotado por el trabajo, con cuyo pretexto emprendremos el vuelo para siempre.

—Pero, si falla alguno de los golpes, no podremos dar los dos restantes en mucho tiempo —objetó Mónica.

—Puede que falle uno, pero los dos restantes se llevarán a cabo.

—Muy seguro estás de lo que dices, Jules.

—Por supuesto, como que los tres asaltos serán realizados el

mismo día y a la misma hora. Y después, Farral, Doneel y Havelock... ¡perderán la cabeza! —concluyó Marchesi con risa estremecedora.

CAPÍTULO X

La reunión se celebraba en el despacho del jefe Croysh y además del citado, asistían Ray Valencia, el teniente Blandish, el doctor Trenton y el analista Sheldon. Entre los cinco hombres, trataban de hallar una solución para resolver el misterio de los hombres decapitados por las explosiones.

—En los escasos fragmentos de hueso craneano que encontré después de la muerte de Rigby encontré huellas de quemadura. El cerebro quedó prácticamente desintegrado, abrasado por la terrible temperatura desarrollada por la termita al incendiarse —manifestó el doctor Trenton.

—A mí lo que me preocupa son los rastros de polivinilo y poliésteres —dijo Sheldon—. Esto indica que, además de las sustancias que ya conocemos, se utilizó algo de plástico. ¿Para qué, me pregunto yo?

—¿No se trataría de la envoltura de la bomba? —sugirió Valencia.

—¿La envoltura? —repitió el jefe Croysh.

—Sí —insistió el inspector—. Supongamos que se emplea una bomba ordinaria. La cantidad de termita a utilizar en este caso es relativamente pequeña. De tratarse de una bomba con envoltente normal, siempre quedarían fragmentos metálicos no afectados por la terrible temperatura desarrollada por la termita.

—Y —murmuró Sheldon— el plástico se quema con muchísima mayor facilidad. En eso creo que tiene razón el inspector Valencia. Si el platino, que tiene un punto de fusión relativamente bajo, ha dejado huellas, ¿cómo no iban a aparecer de otro metal más duro, el hierro o el acero, por ejemplo?

—Bien —exclamó el jefe Croysh—, ya tenemos la bomba. Es de dinamita, con adición de termita, y está envuelta en una caja de plástico. ¿Cómo se hace estallar esa bomba? Nadie ha visto que la hayan arrojado contra los que han muerto, lo cual significa que la llevaban encima.

El joven frunció el ceño.

—La llevaban encima —murmuró—. Pero, ¿qué sujeto se arriesgaría a moverse con un artefacto semejante encima de su cuerpo?

—Encima de su cabeza, no lo olvide, inspector —intervino el

forense.

Valencia se quedó mirando a Trenton con los ojos muy abiertos.

—Encima de su cabeza. Ahora recuerdo; Rigby llevaba un sombrero de copa un tanto rara, demasiado grande, a mi entender.

—Entonces, es que llevaba la bomba bajo la copa del sombrero —dijo Blandish.

—Cuando se produjo la explosión, el sombrero voló por los aires envuelto en llamas. Yo lo vi claramente —exclamó Valencia.

—El análisis demostró que era de paja teñida de oscuro —manifestó Sheldon.

—Un sombrero de paja, teñido de oscuro —murmuró el joven pensativamente.

—¿Y el platino? ¿Qué diablos pinta el platino en este endiablado asunto? —barbotó Croysh.

—Bien —dijo el forense—, debemos tener en cuenta que es un buen conductor de la electricidad. Quizá la bomba lleva alguna pila que la hace estallar en determinado momento.

—¡Por Dios, doctor Trenton! —exclamó Blandish—. ¿Quién sería el loco que se arriesgase a caminar, llevando suspendida sobre su cabeza tan terrible amenaza? Eso significaría, ni más ni menos, que una orden parecida a esta: “O robas la casa de Thursmond o te mato”.

—Y el individuo robó, pero murió cuando iba a ser atrapado —expresó Croysh.

—Ahora bien —intervino el analista—, después de todo esto, la pregunta que nos debiéramos formular en el acto es: ¿Sabía Rigby que moriría si la policía corría a sus alcances? Un hombre que sabe que va a correr un riesgo semejante no roba ni un dólar viejo tirado en medio de la calle.

Las palabras de Sheldon provocaron una pausa momentánea de silencio. Súbitamente, antes de que nadie pudiera reanudar la discusión, se abrió la puerta y entró un agente con una bandeja de vasos de cartón con café.

Detrás del agente entró Malvern, el experto en huellas.

—En la pistola no había otras huellas que las del inspector Valencia —informó.

—El tipo usaba guantes —dijo el joven quejumbrosamente.

—Pero descuidó un detalle: no borró el número —continuó Malvern—. Gracias a ello, la policía de Peona, Illinois, nos ha informado que fue adquirida en 1860 por John Addison Webster, cuyo paradero es desconocido desde entonces. Nos ha facilitado también su descripción: alto, delgado, cetrino, pómulos salientes,

ojos y cabello negros, sesenta y cuatro kilos de peso y sin antecedentes hasta ahora.

Agresivamente, Croysh se inclinó hacia el interfono y emitió una orden, para la inmediata búsqueda y captura de Webster, facilitando la descripción suministrada por Malvern.

—Seguramente es un maleante conocido —dijo el joven— y adquirió la pistola usando un nombre falso, de modo que, aunque utilice ahora el de Webster, no es el suyo verdadero.

—Eso nos importa muy poco —rezongó Croysh—. Lo realmente interesante es atraparlo —miró severamente al joven—. Cometió usted una grave imprudencia al salir de noche sin pistola.

—Bueno —se defendió Valencia—, pensé que no la iba a necesitar. A fin de cuentas, acudía a un acto social y no a la detención de un malhechor.

—¿Y no pudo ver hacia dónde se escapó el agresor? —preguntó Blandish.

—Perdí el conocimiento después del último golpe, aunque supongo que se habrá refugiado en el escondite de la banda.

—¡La banda fantasma! —exclamó Croysh con amargo tono de lamentación—. Setecientos mil dólares evaporados, dos muertos nadie sabe cómo, excepto que fue por medio de un explosivo, un inspector de policía a punto de morir... ¡Diablos, Valencia, no hago más que preguntarme por qué le atacaron!

—No lo comprendo en absoluto, jefe. Para mí sigue siendo un misterio. Además, fue un acto completamente estúpido; las investigaciones habrían continuado lo mismo sin mí, o aun quizá con mayor diligencia.

—Pues debe haber alguna razón especial para que le atacaran, inspector —barbotó Croysh—. ¿Por qué no nos atacaron a cualquiera de nosotros y sí a usted precisamente?

—Repito que no acabo de entenderlo —contestó Valencia—. Debo ceñirme a los hechos, eso es todo lo que puedo decir.

—En lo sucesivo, convendría que fuese usted constantemente armado —recomendó el jefe de policía—. No quiero que corra riesgos innecesarios.

—Bien, lo haré así —aseguró el joven.

Sonó el zumbador del interfono. Croysh se inclinó hacia el aparato.

—¿Qué hay?

—Señor, los periodistas están aguardando. Dicen que necesitan información.

Croysh consultó con la vista a Valencia. El joven dijo:

—Vaya y hábleles. Dígales que estamos arbitrando los medios para descubrir al autor de las muertes y de los robos y que tenemos una pista segura. Niéguese a facilitar más detalles de esa pista, diciendo que por ahora la prefiere mantener en secreto, para no advertir a los ladrones.

—Muy bien —aprobo Croysh. Y se levantó.

Más tarde, el joven se retiró a su despacho, donde, por centésima vez, volvió a releer todos los informes. De pronto reparó en un detalle que se le había pasado por alto.

En la lista de reclamados había, además de Hymes y Rigby, tres más, todos ellos condenados anteriormente por robo y sujetos actualmente a la autoridad de distintos oficiales de Libertad Vigilada. Estaban reclamados por haber incumplido las condiciones mediante las cuales habían sido puestos provisionalmente en libertad.

Valencia estudió detenidamente los pasquines que se referían a cada uno de los tres individuos que aún vivían y cuyos nombres eran Evans Farral, Jack Doneel y Ellis Martin Havelock, todos hábiles ladrones y muy capaces de abrir una caja fuerte de regulares condiciones con toda facilidad, lo mismo que los dos muertos.

Se retrepó en el asiento. ¿Tenían que ver aquellos tres individuos con los muertos y con los robos?

—Sería interesante encontrarlos o, por lo menos, encontrar a uno de ellos —murmuró a media voz, mientras contemplaba los tres pasquines, extendidos lado a lado sobre su mesa. Pero el tiempo pasó sin que, a pesar de sus presentimientos, hubiera logrado avanzar en sus pesquisas.

* * *

El doctor Marchesi se retiró un par de pasos, manteniendo las manos enguantadas en alto.

—Ya puede suturar, doctora Palmer.

Alicia asintió. Con mano experta, cosió los últimos colgajos de piel, cubriendo la herida abierta en la nuca del paciente. Cuando terminó, empezó a vendar la cabeza con rapidez y habilidad hijas de la práctica.

El paciente lanzó un leve suspiro.

—He tenido que practicarle anestesia total, dado que se mostraba muy inquieto —explicó Marchesi—. Lo mantendremos bajo narcosis durante veinticuatro horas seguidas, a fin de darle tiempo a que se recupere del posible *shock* de la operación.

—Sí, doctor —concordó la muchacha.

El anestesista empezó a recoger sus aparatos. Había venido de Vernon Field, como cada vez que se practicaba una intervención quirúrgica, cosa que había extrañado no poco a la joven, hasta que Marchesi le explicó que siempre lo había hecho así, lo mismo que las enfermeras auxiliares.

“No podría tener tanta gente en la clínica —había dicho el doctor—, y entre usted, yo y Mónica, que también es enfermera diplomada, podemos atender sobradamente a los pacientes, que en mi especialidad, desgraciadamente para mis ingresos, no son demasiados”.

El paciente fue colocado en una mesa con ruedas y trasladado del quirófano a su habitación. Mientras se despojaba de los guantes de goma, Marchesi dijo:

—Puede ir hoy a dónde mejor le plazca, doctora. Yo y Mónica vigilaremos el curso posoperatorio del paciente.

—Bien —dijo la muchacha—, quizá me traslade a la ciudad a distraerme un poco, pero, ¿está seguro de que no me necesitará?

Marchesi sonrió con benevolencia.

—Váyase tranquila, doctora Palmer. No se preocupe por nosotros y diviértase... ¿me equivoco al pensar que con su amigo el gallardo policía?

Alicia no pudo evitar que sus mejillas se cubrieran de carmín.

CAPÍTULO XI

Alicia cerró la puerta y se apoyó en ella, suspirando gozosamente. La velada había sido deliciosa, desde luego, y en su interior tenía que confesarse que Ray había tenido razón cuando había dicho que él era el príncipe de sus sueños. Se había enamorado de él cuando apenas era todavía una chiquilla, y aunque los años habían pasado e incluso había llegado a olvidar su nombre, aquel sentimiento juvenil había vuelto a renacer con redoblada fuerza al encontrarse con él en Vernon Field. Claro que también influía en ello el hecho de que durante el tiempo de sus estudios, aparte de que siempre había tenido gran afición a su carrera, tampoco había surgido un hombre que la enamorase por completo. Habían sido buenos chicos sus pretendientes, pero a todos ellos les había faltado el toque final que habría provocado en ella una explosión de amor... cosa que Ray Valencia había conseguido con solo tres entrevistas.

Naturalmente, aquella noche no le había dejado entrever cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia él. El instinto femenino la hacía ser prudente; antes de decidirse de modo definitivo, resultaba conveniente analizar totalmente si lo que la sucedía era una simple reactivación pasajera de sus sueños juveniles, a la vez que también le convenía averiguar si lo que Ray Valencia decía sentir hacia ella era amor o la simple atracción de un hombre hacia una mujer joven y bella. Movi6 la cabeza. "Por más que tal como se están poniendo las cosas, finalizó sus pensamientos, acabará por conquistarme... el muy canalla".

La extrañó que Webster no hubiera salido a recibirla. La desacostumbrada acción del chofer, siempre al tanto de sus llegadas, la hizo reflexionar breves instantes. Al cabo de unos instantes, se encogió de hombros y cruzó ágilmente el vestíbulo, en dirección a la escalera.

Estuvo tentada de ir a ver al paciente, pero se contuvo. Era ya un poco tarde y prefería descansar. Puesto que Marchesi la había dicho que él y Mónica se encargarían de cuidarlo, no debía interferir en la labor de otros.

Subió lentamente la escalera. Sí, Ray era un buen muchacho. La quería y ella lo quería. Ambos, además, tenían buena posición. ¿Por qué no convertirse en marido y mujer? El sueldo como ayudante de

Marchesi era bueno, aunque debería renunciar a las ventajas de alojamiento y manutención en caso de matrimonio. Pero ello era lo de menos, por lo que había visto. Marchesi era un magnífico cirujano y a su lado aprendería mucho de neurocirugía. Una trepanación no era operación que se realizase a diario, como una apendicetomía. ¿Por qué había ido allí a establecerse un médico cuyas intervenciones, forzosamente, habían de ser escasas al cabo del año? Claro que también era verdad que Marchesi llevaba poco tiempo en Vernon Field, algo más de un año, según tenía entendido; cuando su fama se extendiese, vendrían pacientes de distintas poblaciones de la comarca y...

Llegó al corredor superior, en donde Marchesi tenía su despacho privado, pared por medio de su propio dormitorio. Una acción instintiva, cuyas razones no habría podido explicarse claramente la muchacha, le hizo derivar hacia la izquierda, en sentido opuesto a dónde tenía su dormitorio.

El despacho de Marchesi se encontraba al final de aquel ala del corredor. Alicia llegó a la puerta y tocó con los nudillos.

—Adelante —oyó decir al otro lado de la madera.

Abrió la puerta, dio un par de pasos e inmediatamente se detuvo, completamente extrañada por lo que estaba haciendo el doctor.

Marchesi había quitado los adminículos de su mesa de despacho: tinteros, escribanía, estanterías con papel de cartas y dietarios, teléfono, ceniceros y demás, todos cuyos objetos estaban amontonados de cualquier manera en un sillón situado frente a la mesa.

Encima de la misma había una serie de aparatos cuya utilidad no comprendió de momento la joven. Eran todas piezas diminutas, que en un principio le llegaron a parecer las de un reloj desmontado para su reparación, puesto que Marchesi tenía colocado delante del ojo derecho una lente similar a la utilizada por los relojeros. Estaba trabajando con unas pinzas muy finas, por medio de las cuales colocaba aquellas piezas en su sitio, según pudo deducir Alicia.

—Ah, Webster —dijo Marchesi de pronto—, necesito que me traigas...

—Perdón, doctor —interrumpió ella.

Marchesi levantó la cabeza como si hubiera sido picado por un áspid. Quitóse rápidamente la lente y miró a la muchacha con ojos centelleantes.

—¿Quién le dio permiso para entrar? —preguntó con voz de tonos estridentes, casi ofensivos.

—Excúseme, doctor —contestó Alicia, tratando de dominar la sorpresa que sentía por la actitud de Marchesi—. Se me ocurrió preguntarle por el estado del paciente y...

—El paciente está bien, afortunadamente —respondió el cirujano secamente. De pronto dulcificó su tono y permitió que una sonrisa distendiera sus gruesos labios—. Perdóneme, doctora Palmer, estoy un poco nervioso.

—No se preocupe, doctor —expresó ella, esbozando una sonrisa—. Quizá me he portado indiscretamente al interrumpirle. No sabía que estuviese realizando un trabajo importante.

Marchesi se puso en pie con gesto lleno de cortesía.

—No tiene nada de particular —dijo—. Se trata de un receptor a transistores que se le ha estropeado a Mónica, el ama de llaves, y como conoce mis aficiones hacia todo lo que sea mecánica, me rogó que se lo reparase. De vez en cuando conviene desahogar el espíritu realizando un trabajo manual. Luis XVI era un hábil cerrajero según cuenta la Historia.

—Entiendo —sonrió la muchacha—. Una vez más le pido mil perdones, doctor.

—No se preocupe, querida colega. Vaya a descansar y...

El despacho de Marchesi comunicaos con su dormitorio por una puerta situada tras la mesa de despacho. La puerta se abrió en aquel momento y una persona entró en la estancia.

—¡Jules! ¿Vienes a acostarte ya o me vas a hacer esperar hasta mañana? Hace una hora que...

Los ojos de Alicia se dilataron por el asombro que le causaba la súbita irrupción del ama de llaves, ataviada sumariamente con un transparente camión, que velaba mal sus exuberantes formas. Mónica se quedó también boquiabierta, contemplando a la muchacha con rostro en él que se reflejaba claramente la estupefacción que sentía.

El rostro de Marchesi se deformó súbitamente de una manera espantosa, diabólica. Sus ojos despedían fuego y Alicia creyó que iba a saltar al cuello del arma de llaves y estrangularla en el acto. Durante unos largos segundos reinó en la estancia un denso y penoso silencio.

Alicia sintió que la sangre fluía con violencia a sus mejillas. Sin embargo, antes de que pudiera hablar. Marchesi, ya con los rasgos de su cara más suavizados, se le anticipó.

—Doctora Palmer, quizá... quizá no he obrado lealmente con usted, pero me gustaría que supiera comprender.

—Sí, doctor —contestó ella, con voz que le pareció sonaba a mil

millas de distancia.

—No piense mal de nosotros, se lo ruego —siguió el cirujano—. En realidad, Mónica es mi esposa. Nos casamos hace dos años, pero por razones que ambos deseamos mantener reservadas, preferimos guardar el secreto —volvió la vista hacia el ama de llaves, cuyas facciones se habían atirantado apenas vio a la muchacha en el despacho—. Espérame y no seas impaciente, Mónica. Dentro de unos momentos habré terminado de arreglar tu receptor y —añadió frunciendo el ceño al ver el escaso atavío con que ella cubría su opulenta anatomía—, por lo menos, cuando salgas de tu habitación por las noches, hazme el favor de echarte encima una bata.

—Sí, Jules —contestó el ama de llaves con aparente mansedumbre—. Excúseme, doctora Palmer.

—Soy yo la que debe pedirles perdón, doctor, señora Marchesi —manifestó la muchacha—. Creo que mi comportamiento no ha sido todo lo correcto que debieran haber esperado de mí.

—Oh, por Dios, no diga tonterías, querida colega. Váyase a descansar y no se preocupe de más. Buenas noches, doctora Palmer.

—Buenas noches, doctor. Señora Marchesi...

—Siga llamándome Mónica, se lo ruego, doctora —dijo el ama de llaves con su habitual tono carente de inflexiones.

—Gracias... Mónica. Buenas noches.

Alicia se retiró a su habitación hondamente preocupada por el incidente. ¿Qué motivos habían influido en la pareja para ocultar su matrimonio? No había nada de ilegal en ello, se dijo; ambos habían llegado ya a la madurez —Marchesi rondaba los cincuenta años, en tanto que ella tenía cuarenta, muy bien llevados por cierto—, edad en que, opinaba, cada uno es ya sobradamente dueño de sí y de su persona. ¿O era que la excusa del matrimonio se le había ocurrido a Marchesi en aquel momento para ocultar otra cosa peor?

Al concebir esta idea, sintió que el rostro se le cubría de rubor.

* * *

Marchesi se volvió hacia Mónica y la fulminó con la mirada.

—¿No podías haberte esperado tranquilamente en el dormitorio? —rezongó de malísimo talante.

—¿Qué diablos sabía yo que tenías aquí a esa tonta? —barbotó ella, sin dejarse amilanar por el violento tono del hombre—. Pensé que estarías solo en el despacho; la ocasión es idéntica a otras anteriores.

—Si nos dejamos llevar de la rutina estamos perdidos —gruñó

Marchesi—. Hemos de estar vigilando continuamente. No podemos permitirnos el lujo de dar un paso en falso o nos hundiremos en el abismo.

—¿Cómo entró la doctora Palmer en el despacho? Creía que estaba en la ciudad o en su dormitorio.

—Llamó a la puerta. Yo estaba distraído y pensé que podría ser Webster. Di mi permiso... y entró ella, eso es todo.

—¿Se ha dado cuenta de lo que estabas haciendo?

—Le dije que se trataba de tu receptor a transistores, eso es todo. Por ese lado, pues, no debemos tener cuidado.

—Yo no lo aseguraría tan firmemente. Esa muchacha ha cenado esta noche con el policía.

—¿Cómo lo sabes? —respingó Marchesi.

—Me lo supongo. Prácticamente, es recién llegada a Vernon Field. No conoce a otro hombre que al inspector Valencia, el cual da la casualidad que es amigo de la juventud. Lleva vestido de fiesta, deduce tú el resto.

Los dientes de Marchesi crujieron.

—Esa amistad... —refunfuñó, pero no completó la frase—. Es un serio contratiempo, en efecto —murmuró Marchesi meditabundo—. Pero no podemos despedirla sin despertar sospechas.

—¿Y no crees que lo que ha sucedido esta noche no las despertará, Jules? —dijo la mujer.

Marchesi se tironeó del labio inferior.

—Como sea, lo único que podemos hacer es estar vigilantes. A menos que echemos a correr ahora mismo, dejando seiscientos mil dólares de rico botín abandonados en esta ciudad.

Los ojos de Mónica centellearon codiciosamente.

—¡Eso no! —exclamó—. Mantendremos la situación hasta que hayamos dado el golpe. Será una operación magnífica, indudablemente; tú, yo y Webster actuando en tres puntos distintos a la vez. Ah —agregó la mujer—, pero deja a Webster el sitio de menor botín; no tengo deseos de que se le ocurra escapar y dejarnos plantados llevándose un cuarto de millón, por ejemplo.

—Aun así, lo de menos sería el dinero, sino las sospechas que provocaría su gesto, Mónica.

—Sí, tienes razón, querido —la mujer onduló hacia Marchesi y le colocó los brazos en torno al cuello, sonriendo impudicamente—. Es tarde ya, querido —dijo, en tono insinuante.

Marchesi la besó con pasión. Pero acabó separándose, sin ceder al fuerte atractivo sensual que emanaba del cuerpo del ama de

llaves.

—Tengo que acabar esto —dijo—. Es preciso que esté concluido para la medianoche.

Un gesto de decepción se dibujó en el gesto de Mónica.

—En fin, si tú lo dices, querido... Estaré esperándote ahí al lado.

—De acuerdo, de acuerdo —refunfuñó Marchesi, volviendo a su trabajo.

CAPÍTULO XII

El sargento Fleischer entró en el despacho del inspector Valencia con unos documentos en la mano.

—Anoche se cometió un robo en una farmacia situada en la esquina de Lexington y Green Valley —informó—. El ladrón se llevó dos mil dólares de la caja registradora. Nadie lo vio, pero todos los indicios señalan que es hombre hábil y experto en abrir puertas sin su llave auténtica.

Valencia miró al sargento de hito en hito.

—Siga, sargento —dijo lacónicamente.

—Los técnicos han buscado huellas y encontraron una. Corresponden a un tal Jack Doneel, antiguo “reventador” de cajas fuertes y actualmente en libertad condicional. En el momento actual lo están buscando todos los agentes disponibles.

El joven sonrió tenuemente. Paso a paso, sus tesis se confirmaban.

—¿Cree usted que Doneel tiene algo que ver con los demás robos, señor? —inquirió Fleischer.

—Sí, sargento.

—Pero fueron dos mil dólares solamente. Una miseria si se compara con el botín de los robos anteriores.

—Cierto, sargento. Sin embargo, opino que han cometido el robo solo por despistar, con el evidente objeto de desorientarnos, ¿comprende?

—A medias, inspector —contestó Fleischer con toda franqueza.

—Bien, con eso es suficiente por el momento. El jefe de la banda fantasma no quiere mantener inactivos ni a sus hombres ni a nosotros. Eso es bueno, porque cuanto más se muevan, antes acabarán por caer. ¿Alguna cosa más?

—Sí —respondió Fleischer—. Hay un nuevo informe de la policía de Peoría. Informan que han podido averiguar el verdadero nombre de Webster. Realmente, se llama Gus Liedholm, y fue expulsado del Ejército hace cuatro años, con nota de deshonor, por vender a particulares elementos del Gobierno confiados a su custodia.

—Eso es interesante, sargento —dijo el joven—. ¿Algo más?

—Sí, señor. Webster o Liedholm, tanto da, sirvió en el Cuerpo de Señales, como experto en transmisiones de radio, en donde llegó a

alcanzar la graduación de sargento.

—Un bonito empleo perdido por la codicia de ganar cincuenta o cien dólares extras —rezongó el joven—. Bien, ¿ha pasado usted la alerta a todas las unidades?

—Sí, señor. Todo el mundo está buscando activamente a esos dos sujetos.

—Muy bien, sargento, eso es todo. Gracias por las noticias.

—A su disposición, inspector.

El joven abrió el interfono y encargó le trajeran una taza de café. Lenta, pero con ininterrumpida progresión, la investigación se abría paso. Confiaba en alcanzar la cima de la misma en poco tiempo.

Y entonces, plantearía a Alicia un serio dilema, dijo, sonriendo beatíficamente. Alicia había esquivado la cuestión con habilidad femenina, pero era indudable que le agradaba. Bien, suspiró, encendiendo un cigarrillo, allí estaba el término de su soltería, un agradable cambio de estado, por supuesto.

La puerta se abrió de pronto y entró un agente, portador de un vaso de café. Casi inmediatamente, el profesor Sheldon hizo su aparición.

El joven se levantó y estrechó la mano de su visitante.

—¿Qué tal, profesor? Siéntese, ¿quiere? Hanson, traiga café para el profesor Sheldon, por favor.

—Gracias, inspector.

El joven ofreció un cigarrillo al analista. Hombre observador, se dio cuenta de que el científico tenía el rostro serio, lo cual le dijo que Sheldon guardaba una noticia importante que comunicarle. Sin embargo, supo ser paciente y esperó a que Hanson trajera café para su visitante.

Tomaron unos sorbos en silencio. Al cabo, Valencia dijo:

—Vamos, profesor, suelte lo que tiene guardado en el buche. ¿De qué se trata esta vez?

Sheldon dejó su vaso sobre la mesa.

—He estado analizando unos fragmentos de huesos, procedentes de la caja craneana de Rigby, que me entregó el doctor Trenton. Quise ver el efecto de la explosión en los tejidos óseos y hallé cosas muy curiosas, que un día pueden servirme para otros casos. Pero también encontré algo que me extrañó sobremanera y que, aunque normalmente entra en la composición de los huesos, bien que en dosis mínimas, me ha sumido en un mar de confusiones. No lo he traído conmigo, porque es tan pequeño que tuve miedo de extraviarlo, ya que su tamaño es inferior a medio milímetro.

—Muy bien. Suéltelo ya de una vez, profesor.

—Se trata de silicio. Un cristal de silicio, como he dicho, de un tamaño no superior a medio milímetro. Es claro que hay silicio en los huesos, como en cualquier región del organismo, pero siempre íntimamente mezclado con otras sustancias orgánicas, nunca en estado literalmente puro, como el fragmento de que le estoy hablando.

—Es posible que la explosión lo haya hecho cristalizar —sugirió el joven.

—Científicamente, es imposible de todo punto. Ese fragmento de silicio no procede del cuerpo de Rigby, inspector.

El joven aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Siga, profesor. Esto se pone muy interesante. En su opinión, ¿de dónde procede ese fragmento de silicio?

—Podría hablarle de un vaso de vidrio, por ejemplo, pero encontraríamos rastros de alúmina, óxido de cromo quizá... En cambio, este trozo de que le estoy hablando es absolutamente puro.

Sheldon encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Sabe usted cuál es hoy uno de los usos más comunes del silicio, inspector?

—Estoy en la luna —sonrió el joven—. Me supongo que en Cabo Cañaveral lo emplearán a toneladas, pero en el caso presente no acabo de comprender, lo digo con franqueza.

—Tiene usted razón, inspector. En Cabo Cañaveral deben utilizar mucho el silicio. Y puede que usted también lo haya empleado, sin necesidad de ser técnico en cohetes. ¿No ha tenido nunca un receptor portátil de radio... a transistores?

Valencia se quedó como si le hubiesen asestado un golpe en pleno pecho.

—Una radio a transistores —repitió.

—Sí, claro; todos los transistores llevan un minúsculo trozo de silicio que, excitado por el paso de una corriente eléctrica...

—No siga, inspector; el resto ya lo conozco. De modo que silicio, ¿eh?

—Sí, señor; y por eso mismo, ese fragmento se salvó de la quema, por decirlo así, debido a su alto grado de fusión. Al estallar la bomba, el fragmento de silicio se incrustó en el interior de la caja craneana del muerto, y ahí es donde lo encontré yo.

Valencia se dejó caer de nuevo en el sillón.

—Un receptor a transistores... posiblemente, sintonizando con una frecuencia calculada de antemano. Usted habló antes de Cabo Cañaveral, profesor.

—Sí, es cierto —concordó Sheldon.

—En Cabo Cañaveral, cuando se lanza un cohete y los instrumentos de medida señalan que sigue una trayectoria errónea, se le hace estallar desde el “bunker” de control de tierra, con el fin de evitar daños innecesarios.

—Así es, inspector —de repente, Sheldon se puso en pie de un brinco. Luego se sentó lentamente, otra vez, con el asombro y el horror más profundos pintados en su rostro—. ¡Dios mío! ¡No, eso no puede ser!

El rostro de Valencia aparecía inusitadamente grave.

—Tal como se han desarrollado las cosas, lo creo no solo probable, sino posible, profesor Sheldon —afirmó el joven enfáticamente.

—Pero... eso sería horrible, inspector —dijo el analista—. Imaginémonos uno de esos sujetos, a quienes su jefe envía a robar. Si las cosas salen bien, el individuo continúa viviendo. Si las cosas no se desarrollan satisfactoriamente, es decir, que el cohete sigue una órbita errónea, el jefe hace estallar la bomba.

—Exactamente. Por medio de un control remoto de radio, profesor.

—Así se explica la dinamita. Pero, ¿y la termita?

—Para aumentar todavía más la temperatura de la explosión y fundir las partes metálicas de ese control de radio y no dejar huellas —afirmó el joven.

—En eso he de convenir que tiene usted razón —dijo Sheldon—. Y seguramente, la proporción en la mezcla del explosivo y de la termita no está bien realizada, puesto que la súbita y violenta dispersión causada por la deflagración de la dinamita ha permitido conservar algunos rastros de ese aparato de control.

—Eso mismo opino yo —manifestó el joven.

Sheldon se inclinó hacia adelante.

—Muy bien. Y ahora, dígame, ¿dónde lleva el ladrón esa bomba comandada por radio?

—Todos los informes hablan de que los dos ladrones usaban un sombrero con una forma peculiar en su copa, profesor.

—¿Y sabe el ladrón que lleva la bomba?

Valencia guardó silencio unos momentos.

—Presumiblemente, no —dictaminó al cabo—. De lo contrario, ni se molestaría en robar.

—Entonces, el receptor de radio tiene otro objeto, además de provocar el estallido de la dinamita, si conviene a los fines del jefe de la banda, inspector.

—Transmitir las órdenes de este al ladrón —dijo el joven.

—Transmitir órdenes —repitió Sheldon—. Pero, ¿cómo las recibe el ladrón?

—Por medio de un auricular que se incrusta en el interior del oído, calculo yo, como los de los receptores comunes a transistores y como los que usan los sordos.

—Sí, es otra solución viable —murmuró Sheldon afirmativamente—. Pero todavía nos dejamos otra pregunta muy interesante, inspector.

—¿Cuál es, profesor?

—¿En qué estado se encuentra el ladrón cuando ejecuta sus actos?

Valencia parpadeó.

—No le entiendo bien, profesor.

—Se lo diré de otra forma. Supongamos que le encasquetan a usted uno de esos aparatitos, mediante el cual obedece las órdenes del jefe de su banda, cuyo aparato le causa la muerte en la forma que conocemos, si el golpe fracasa. ¿Aceptaría usted ser el portador de uno de esos mortíferos aparatos, de los cuales sabe pueden causarle la muerte en cualquier momento... en estado normal, de plena conciencia de sus actos, inspector?

—¡Diablos, no! —exclamó el joven con vehemencia—. Me negaría rotundamente. Pero —agregó al instante—, pueden robar en estado de hipnosis.

—Entonces, el aparato sobra, excepto como receptor de la onda de radio que cierra el circuito eléctrico que provoca la explosión.

El joven movió las dos manos a un tiempo.

—Vayamos por partes, profesor. Podemos admitir el estado de hipnosis en los ladrones. Ahora bien, ¿permanecen hipnotizados, sugestionados día y noche, semana tras semana, en espera de que se les ordene dar un golpe? ¿No le parece eso demasiado, profesor? Y si no es así, deben tener forzosamente momentos de lucidez, durante los cuales han debido enterarse de la muerte que corrieron sus compañeros al estallar el artefacto. Eso bastaría para que alguno hubiera intentado escapar, negándose a ser hipnotizado.

—Entonces, es que el receptor de radio sirve también para recoger órdenes del jefe de la banda, órdenes a las cuales no se pueden negar sus miembros por alguna razón que desconocemos, aparte de la ya supuesta hipnosis —sugirió el profesor.

—Yo opino que debe ser así —dijo el joven—. Y, además, creo que conozco al jefe. O, por lo menos, sé cómo se llama.

Sheldon pegó un bote en el asiento.

—¡Muchacho! ¿Es cierto lo que está diciendo?

—Positivamente. Ahora se hace llamar Webster, pero su nombre verdadero es Liedholm. Fue sargento especialista en transmisiones de radio en el Cuerpo de Señales del Ejército, de donde fue expulsado con nota de deshonor en su hoja de servicios.

Sheldon dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Eso lo explica todo, inspector! —dijo, enormemente aliviado.

—Menos una cosa: el lugar donde se esconde —concluyó el joven en tono rotundo.

CAPÍTULO XIII

Con paso ágil y firme, Alicia Palmer atravesó el corredor, llegó a una puerta, la abrió y cruzó el umbral, pasando al otro lado.

El paciente estaba en el lecho, mirando hacia el techo en actitud estúpida. Silenciosamente, la muchacha le tomó el pulso primero, la temperatura después y luego anotó ambos datos en la tablilla que había a los pies del lecho. La recuperación, después de la intervención quirúrgica, parecía satisfactoria.

Una cosa le extrañaba a la joven, aunque se había guardado muy bien de observarla en público. La experiencia le había enseñado lo susceptibles que podían ser a veces los algunos cirujanos, y por eso había callado, máxime cuando había podido darse cuenta de la indudable habilidad de Marchesi. Además, como ayudante, no había podido ver bien el interior de la caja craneana del paciente, por lo que no estaba en condiciones de realizar una rotunda afirmación en un sentido u otro. Y, como por otra parte, Marchesi había afirmado que el tumor estaba en formación, ella había debido callar. Se necesitaba mucha experiencia, muchos años de trabajo y de especialización para apreciar una cosa que ella, quizá, no hubiera sabido distinguir...; como así había sucedido, ya que, en su opinión, no había existido tal tumor. Marchesi, sin embargo, había extirpado un diminuto trozo de tejido cerebral; quizá era el trozo enfermo. En todo caso, la responsabilidad recaía sobre él y, además, el paciente se recuperaba satisfactoriamente.

Pensó en el extraño matrimonio de Marchesi y el ama de llaves una vez más. A menos que se tratase de razones familiares, las cuales querían guardar ambos en secreto, no acababa de comprender por qué no hacían públicos tales lazos. Por otra parte, también podía suceder que no hubiese tal matrimonio... como había calculado la noche en que se enteró de lo que sucedía, y este pensamiento la mantenía inquieta, nerviosa y desazonada. Alicia era tolerante y comprensiva con ciertas debilidades, pero había cosas que no estaban bien, en su opinión.

Terminó el reconocimiento del paciente. Dentro de pocos días empezaría a levantarse y en una semana más, estaría dado de alta. Cuando se disponía a marcharse, el enfermo se movió y murmuró algo entre dientes. Entonces, su cabeza quedó apoyada de costado sobre la almohada.

La muchacha respingó. Allí había algo de lo cual ella no tenía la menor noticia.

Se acercó de nuevo al lecho y examinó con indudable atención los vendajes de la herida. Bajo los blancos lienzos, se divisaba un bulto de unos cuatro centímetros de ancho por el doble de largo, aproximadamente, y que sobresalía unos dos de la cabeza. El bulto llegaba desde la cúspide del occipital hasta la primera vértebra.

El primer instinto de Alicia fue quitar los vendajes y examinar la extraña protuberancia. Cuando ella había vendado al paciente después de la operación, no estaba aquel bulto. Por lo tanto, ello solo podía significar una cosa: que había sido colocado durante la noche, mientras dormía, aunque no podía precisar qué noche se había realizado la operación.

Meditó unos segundos. ¿La trepanación practicada, no había sido una especie de pretexto para dejar el cráneo del paciente ya preparado y listo para efectuar una segunda Intervención sin ayudas extrañas? Una trepanación era operación que se realizaba sin anestesia total, salvo en circunstancias extraordinarias, de modo que el anestesta había podido muy bien ser eliminado. Entonces, la segunda fase había sido realizada únicamente entre Marchesi y su... el ama de llaves, quien poseía el título de enfermera. Pero, sobre todo, ¿con qué objeto se había colocado allí, aquel aparato? ¿Qué había bajo los vendajes?

De pronto, Alicia recordó un detalle.

Había dos hombres más en la clínica, uno de los cuales se cuidaba del jardín y otro de la verja de acceso al recinto. Los dos llevaban unos sombreros muy extraños; ella había podido verlo bien en algunas ocasiones, aunque hasta aquel momento no había tenido el menor trato con ninguno de los dos sujetos. ¿Ocultaba el sombrero alguna cosa extraña?

De repente, obedeciendo a una súbita inspiración, giró sobre sus talones y salió de la estancia.

* * *

El jardinero la miró con ojos opacos, inexpresivos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó ella.

—Doneel, señorita —contestó el sujeto. Su voz era gruesa, sonaba de un modo mecánico, como pronunciada por una garganta artificial.

—Llámeme doctora. Soy Alicia Palmer, ayudante del doctor Marchesi. A este sí le conoce usted, ¿no es cierto, Doneel?

—Sí, doctora.

—Lleva usted un sombrero muy bonito, Doneel. En las playas elegantes se pondría de moda rápidamente.

—Me sirve para cubrirme del sol, doctora.

Alicia miró al cielo, encapotado, gris, con un aspecto poco atrayente.

—Ahora no hay sol, Doneel.

—Bueno, tengo que llevarlo puesto siempre, doctora.

—Sí, claro, puesto que esas son las órdenes del doctor Marchesi. De todas formas... ¿querría quitárselo un momento? Deseo hacerle un breve examen, Doneel.

—Sí, doctora.

El hombre se destocó. Alicia dio la vuelta, situándose tras él. Sus ojos se desorbitaron al ver el enorme bulto que le sobresalía de la parte alta de la nuca y que estaba cubierto con el cuero cabelludo.

Dudó unos momentos. De pronto empezó a tantear con los dedos la protuberancia, notándola dura y rígida al tacto. Sus sensitivas yemas exploraron cuidadosamente aquella región anatómica durante unos momentos. Súbitamente encontró algo que aumentó su extrañeza en grado sumo.

Los cabellos eran largos y caían por encima del bulto, como si pretendieran ocultarlo. Alicia apartó el pelo a un lado, encontrando una zona desprovista casi por completo del mismo. Era un trozo de unos cuatro centímetros de ancho por el doble de largo, aproximadamente, y aunque había algunos diminutos pelos, no eran, sin embargo, pertenecientes al cuero cabelludo con propiedad. Entonces comprendió, sin lugar a dudas, que aquel trozo de piel era un injerto, con el fin de completar el sector de cuero cabelludo y ocultar bajo el mismo el extraño objeto que el individuo llevaba insertado en el cráneo.

¿Qué era aquel objeto? se preguntó. ¿Con qué fin se lo habían colocado al jardinero?

—Cúbrase de nuevo, Doneel —dijo.

—Sí, doctora —asintió el hombre mecánicamente.

—Gracias por su colaboración, Doneel —murmuró la muchacha. Y emprendió la retirada hacia el edificio, ignorante de que unos ojos perspicaces habían estado contemplando sus acciones.

* * *

El ama de llaves irrumpió precipitadamente en el despacho de Marchesi, en donde este y Webster sostenían una interesante

conversación.

—¡Jules!

Marchesi levantó la cabeza.

—¿Qué sucede, Mónica?

—Se trata de la doctora Palmer. Ha estado examinando la nuca de Doneel.

—¡Condenación! ¡Maldita entrometida!

Las invectivas provenían de Webster. Marchesi levantó la mano, recomendando silencio.

—Un momento, por favor —dijo—. Sobre todo, no perdamos la calma. Cuéntanos exactamente lo sucedido, Mónica.

—Es bien sencillo. Salió de la casa y se dirigió rectamente hacia el jardín. Habló con Doneel, le hizo quitarse el sombrero y luego le estuvo tanteando la nuca con los dedos. Eso es todo, Jules.



—Aquí estará el próximo golpe

El médico empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Webster metió la mano dentro de su chaqueta.

—Si lo ha averiguado... —dijo en tono amenazador.

—Quieto, quieto —exclamó Marchesi—. No conviene que obtengamos conclusiones precipitadas. Yo me entrevistaré con ella y buscaré una disculpa para disipar sus sospechas.

Mónica inclinó agresivamente el busto prominente.

—No hay sospechas que valgan, Jules. Ella es médico, no puedes

engañarle. Al doctor Saxton te lo metiste en el bolsillo primero, pero a última hora tuviste que enterrarle en el jardín cuando se mostró demasiado curioso. ¿Con Alicia Palmer tendrás que hacer lo mismo?

—Sí, pero está ese maldito inspector. En cuanto se entere de su falta, vendrá aquí derechamente. No querrá aceptar una disculpa inconvincente, la enfermedad de un pariente que la ha obligado a ausentarse a toda prisa o algo por el estilo.

—Entonces, ¿qué diablos hacemos con ella? —explotó Webster—. No podemos matarla, pero tampoco podemos dejar que ande suelta por ahí. En cuanto empiece a atar cabos, descubrirá el pastel, jefe. Y entonces, ya podemos darnos por liquidados.

Marchesi levantó la mano.

—Dejadme pensar un momento. Hay que hacer las cosas bien...

Golpearon unos nudillos en la puerta. Los tres sujetos se miraron entre sí.

Marchesi agitó la mano. Silenciosamente, Mónica se ocultó en el dormitorio contiguo. Webster adoptó una actitud respetuosa.

—Adelante —dijo el médico.

Alicia penetró en el despacho.

—Buenos días, doctor. Hola, Webster.

Los dos hombres correspondieron al saludo.

—Doctor, tengo precisión de ir a la ciudad. ¿Tiene usted inconveniente en prestarme uno de sus dos coches? —inquirió la muchacha.

Marchesi miró a Webster. Este dijo:

—Mónica se ha llevado el cupé. En cuanto a la *limousine*, tengo desmontado el bloque del motor; hay un par de cilindros que no funcionan satisfactoriamente y quiero revisarlos a conciencia, por si fuera necesario cambiarlos.

—Oh —el rostro de Alicia expresó claramente la decepción que sufría. Un oscuro presentimiento, sin embargo, le dijo que no sería prudente insistir sobre el particular. Esbozó una sonrisa y dijo—: Gracias, iré mañana. En realidad, no tenía mucha prisa. Con su permiso, doctor. Webster...

Al cerrarse la puerta, Webster y Marchesi se miraron.

—Es lista —dijo el primero—. Se ha dado cuenta de que no debía insistir y se ha callado. Si tanto interés tenía en ir a la ciudad, ¿por qué no ha manifestado deseos de pedir que viniera un taxi a buscarla?

Marchesi se tironeó del labio inferior, con gesto de honda preocupación. Mónica se deslizó mientras tanto en la habitación, en

completo silencio.

—Webster —dijo al fin el médico—, vigila el teléfono. Cuidado con lo que habla. Si oyes algo sospechoso, corta inmediatamente la comunicación, ¿estamos?

—Sí, jefe.

Webster salió inmediatamente de la estancia. Mónica y el médico quedaron frente a frente.

—No sé por qué —dijo la mujer, con espantosa sangre fría—, vas a tener que cavar esta noche una tumba en el jardín, Jules.

Marchesi suspiró fuertemente.

—Sí —dijo—, eso es lo que me estoy temiendo, querida. Lástima, porque es una muchacha muy bonita.

—Mi piel es aún más preciosa —concluyó secamente el ama de llaves.

CAPÍTULO XIV

Alicia intuía algo horrible en la mansión. Estaba terriblemente asustada, con el ánimo lleno de espanto por lo que había averiguado no hacía mucho.

Webster había mentido; el débil perfume que flotaba en el despacho de Marchesi le había indicado con absoluta precisión que Mónica había pasado al dormitorio contigo cuando oyó sus nudillos sobre la puerta. Esto quería decir una cosa: que el sedán estaba en el garaje. Pero no se atrevía a comprobarlo, temerosa de ser sorprendida.

Sentada en su lecho, reflexionó, durante largo rato, acerca de lo que más le convenía hacer. ¿Avisar a Ray? Sí, era lo más conveniente, pero, ¿cómo hacerlo? Estaba segura de que, en cuanto levantase el teléfono, alguien escucharía sus palabras por un supletorio en otra habitación. Y si intentaba escapar, la detendrían de inmediato.

Porque ahora ya sabía cuál era el objeto de aquellos artefactos. Lo había comprendido tras el examen de la cabeza de Doneel. Era algo horrible, monstruoso, casi de fábula... y real, sin embargo. Se retorció las manos, furiosa consigo misma porque no hallaba la forma de avisar a Ray sin despertar sospechas.

El tiempo transcurrió sin que la muchacha hubiese hallado una solución para tan agobiante problema.

* * *

Una vez más, se habían reunido los principales elementos de la fuerza policial de Vernon Field en el despacho de su jefe. Las informaciones suministradas por Valencia, basadas en los datos científicos proporcionados por el analista, habían causado verdadera sensación entre la concurrencia.

—Así que usted opina que la bomba se hace estallar por radio —dijo el jefe—. Eso suena a ciencia-ficción —Croysh seguía aferrado a sus antiguos métodos.

—Puede parecerlo, jefe —contestó el joven sonriendo—, pero no tiene nada de particular. Le citaré dos ejemplos: uno de ellos, el tanque de media tonelada, llamado “Golith”. Los alemanes lo utilizaban para lanzarlo contra las trincheras enemigas, guiándolo por ondas de radio. Al llegar al punto deseado, hacían estallar la

carga explosiva utilizando el control conveniente.

“Otro ejemplo. En cierta ocasión, fueron destruidas unas rampas de lanzamiento de V-2 alemanas, arrojando contra ellas un escuadrón de fortalezas volantes B-17, con carga máxima de explosivos, todas ellas guiadas por radio. La defensa antiaérea alemana era tan intensa, que no había tripulaciones voluntarias para realizar los bombardeos de tales posiciones, por lo que fue preciso recurrir a dicho método. Muchos B-17 fueron abatidos, pero unos cuantos, guiados desde gran altura por un monitor, alcanzaron los blancos. Aquel sistema de rampas fue totalmente destruido sin pérdida de vidas humanas¹. Y tengamos una cosa en cuenta, entonces no se utilizaban transistores de silicio, con lo que el tamaño de los transmisores y receptores era mucho mayor.

—¿Y quién hace estallar las bombas? —preguntó Blandish.

—Alguien situado en las inmediaciones —contestó el joven.

—Nadie lo ha visto —argumentó el jefe—. Y no, es lógico pensar en un helicóptero, porque habríamos oído el ruido de los motores, además que debiera haber volado a cota visual.

—Pudo utilizar un goniómetro para situar exactamente unas posibles señales de radio del aparato que portaba el ladrón —sugirió el profesor Sheldon.

—Sí, quizá —admitió el joven—. Pero ese razonamiento se cae por su base, ya que si bien podría haber detectado al ladrón radiogoniométricamente, no nos hubiera detectado a nosotros en el momento de la detención.

—Lo cual significa que el jefe de la banda estaba: a), en el suelo, y b), cerca de nosotros, aunque en sitio no visible o, por lo menos, muy disimulado —resumió el jefe Croysh.

—Es la hipótesis más aceptable —concordó el joven.

—Como médico —intervino Trenton— y aunque no sea mi especialidad, hay un aspecto psicológico de la cuestión que apenas hemos tocado.

—Bien —dijo Croysh—, veamos de qué se trata.

—De la bomba, pura y simplemente de la bomba. Ya sabemos cómo funciona y sabemos, además, que eso es perfectamente posible. Cuando el jefe ve que su acólito corre peligro, manipula en el control que provoca el estallido, de modo que el ladrón ya no puede delatarle. Ahora bien, ¿sabe el ladrón el peligro de muerte que corre? ¿Es razonable pensar que existe una persona capaz de arriesgar la vida por conseguir un botín, por muy valioso que sea, sabiendo que morirá si es descubierto? En estado normal, un ladrón, sobre todo los que no emplean nunca el método violento, no

se resiste a la detención, que puede causarle la muerte si el agente encargado de la misma dispara contra él. ¿Por qué aceptaron los ladrones llevar encima un aparato de un poder tan devastador?

—Quizá —apuntó el teniente Blandish— ignoraban que contenía un explosivo y el jefe les dijo que se trataba solamente de un receptor de radio para transmitirle órdenes.

Valencia consideró brevemente el argumento de su colega.

—No —sentenció al cabo.

—¿Por qué? —Blandish se encrespó ligeramente.

—Pudo resultar con el primer ladrón, esto es, con Hymes; pero Rigby tuvo que enterarse a la fuerza de la suerte corrida por su compañero. Entonces, lo lógico hubiera sido que se negase a robar en casa de Thursmond, temiendo perecer de la misma manera que Hymes.

—Entonces, ¿cómo diablos fueron constreñidos a robar? —vociferó Croysh, fuera de sí.

—Una hipnosis momentánea pudo obligarles a llevar el mortífero aparato —sugirió Sheldon sin convicción alguna en sus palabras.

—No. Ni hipnosis ni nada de obligarles a llevar el aparato por métodos violentos y coactivos. Esto es obra de alguien que quiere permanecer en el anónimo —afirmó rotundamente Ray Valencia—. Además, bastaría estudiar antes detalladamente los lugares donde se iban a producir los robos, para enviar a los ladrones a cometerlos, sin aparatos de radio ni cosa que se le parezca.

—Pero eso hubiera tenido un inconveniente —dijo Blandish.

—¿Cuál? —preguntó el jefe.

—Póngale a uno de los muertos, dos vulgares ladrones que nunca vieron más de cinco mil dólares juntos, pese a sus habilidades, con un botín de cien o doscientos mil en las manos. El chasco que se habría llevado el jefe habría sido mayúsculo. Sencillamente, lo hubieran dejado plantado.

—Y, claro, el receptor de radio servía para obligarles a volver al escondite de la banda —dijo el jefe Croysh.

—Aguarden mi momento —exclamó el joven, a quién se le había ocurrido de repente una idea. Manejó el interfono y dio una orden —: Que vengan en el acto los sargentos Flanagan y Fleischer. Estén donde estén, que acudan en el acto.

—¿Qué nueva idea se le ha ocurrido, Valencia? —gruñó Croysh.

—Espere un momento, jefe. Un poco de paciencia, por favor.

Flanagan y Fleischer acudieron largo rato después, durante cuyo tiempo la tensión de los reunidos llegó a límites extremos. Pese a todas las presiones, Valencia permaneció encerrado en un obstinado mutismo, del que no salió hasta que comparecieron los dos funcionarios.

—Vamos a ver, sargento Flanagan —empezó el joven—. ¿Recuerda usted exactamente la noche en que murió Hymes?

—Sí, señor. Estaba en...

—Sabemos dónde estaba; su informe lo dijo con toda claridad. Ahora bien, ¿qué ocurrió momentos antes de la explosión? ¿No vio a alguien sospechoso en las inmediaciones de la joyería de Samuelson & Grossblum?

Flanagan se esforzó por recordar. De pronto chasqueó los dedos.

—Sí, es cierto. Tropezamos con un automovilista situado a unos cincuenta o sesenta metros del lugar donde poco más tarde se produjo el estallido. Estaba inclinado sobre el motor y, cuando le ofrecimos ayuda, dijo que ya estaba reparada la avería. Seguimos la ronda, el automovilista se marchó...

—¿En qué dirección? —interrumpió el joven con viveza.

—Hacia la calle Hudson, creo.

—¿Le vio usted la cara?

—No, estaba en sombras. Llevaba un sombrero de alas bastantes anchas, pero me pareció un tipo muy fornido, muy robusto, señor.

—Muy bien. Gracias, Flanagan. Ahora usted, Fleischer.

—Sí, inspector.

—¿Recuerda también la noche del robo en la mansión de Thursmond?

—Sí, señor.

—Un automovilista pasó junto a ustedes y se detuvo a preguntarles si sucedía algo.

—Sí, señor. Yo le dije que se trataba de una patrulla de rutina y luego le pregunté si era médico. Le vi sobre el asiento posterior un maletín negro...

—¡El aparato de control! —exclamó Blandish excitadamente.

Valencia levantó la mano, recomendando calma.

—¿Qué le contestó el sujeto?

—Bien, dijo que acababa de atender a un paciente, y se marchó. Eso fue todo, inspector.

—¿Puede describirnos su aspecto?

—No le vi muy bien la cara, pero me pareció también muy robusto y de complexión recia, inspector.

Valencia paseó la mirada en torno suyo con aire triunfal.

—Nos vamos acercando a la verdad, caballeros.

Interesadamente, Trenton se inclinó hacia adelante y dijo:

—¿Supone usted que es un médico el autor de todos estos crímenes, inspector?

—¿Y quién, si no, doctor Trenton? El aparato de radio...

Sheldon chasqueó los dedos.

—¡Ya está! El receptor está conectado a su cerebro por dos electrodos de platino. De este modo, el sujeto no tiene posibilidad alguna de resistirse a las órdenes que se le dan. Y si el golpe fracasa, el jefe de la banda maneja otro control y ¡pum! la cabeza del individuo vuela en un millón de fragmentos.

—¡Pero eso significaría una técnica quirúrgica avanzadísima! —gritó Trenton—. Tendría que ser un especialista en neurocirugía...

El joven se puso rígido bruscamente.

—¡Especialista en neurocirugía! —exclamó.

—Ya lo creo —insistió Trenton—. En primer lugar, la colocación del aparato en la cabeza exige una trepanación...

—Neurocirugía y trepanación —repitió Valencia, como sumido en un trance—. Entonces, ya sé quién es el jefe de la banda. Webster, no, por supuesto.

* * *

Las palabras del joven provocaron una tremenda conmoción en la asamblea.

—Suéltelo, inspector —gritó Croysh.

—Vamos, hable ya de una vez —pidió Blandish, muy excitado.

—Sí, dígalo. Queremos saber quién es —vociferó Trenton—. En especial, a mí me interesa mucho, ya que se trata de un colega.

Valencia levantó las manos, imponiendo silencio.

—Un momento, por favor. Calma, señores. He dicho quién es, pero da la casualidad de que al lado del criminal hay una persona que me es muy apreciada y a la cual quiero apartar para evitarle daños físicos, en caso de conflicto armado.

—¿Quién es? —quiso saber Croysh.

El joven no contestó. Levantó el teléfono y marcó un número.

Cuando le contestaron al otro lado de la línea dijo:

—Por favor, deseo hablar con la doctora Palmer... Sí, el inspector Valencia. Oh, no, nada de particular. Se trata de una invitación para esta noche... Es decir, si tiene hora libre... Muchas gracias, señora.

El silencio era absoluto, espeso, lleno de tensión. Transcurrió

casi un minuto antes de que Valencia oyera la voz de la muchacha.

—¿Qué tal, Alicia? —dijo en tono enteramente normal—. Oye, tengo dos butacas para esta noche... Sí, se trata de un buen espectáculo. Luego podríamos ir a cenar a un sitio recogido... Te invitaría a mi apartamento, pero temo que no aceptes, de modo que te dejaré el privilegio de la elección.

Alicia dio la respuesta:

—Querido, iría, pero es que el sedán no está en la clínica y Webster, el chófer, ha dicho que la *limousine* está averiada. ¿Por qué no vienes tú mismo a buscarme? Estaré arreglada para las siete en punto y...

La voz de Alicia se cortó de repente. El joven se alarmó.

—¡Alicia! ¡Contéstame! ¿Te sucede algo? ¿Por qué has callado? ¡Alicia!

La muchacha habló de nuevo. Valencia notó algo raro en su timbre de voz, aunque no sabía a qué achacarlo.

—Querido —expresó ella—, el doctor Marchesi está aquí y me dice que te invita a cenar con nosotros. Tenemos un paciente difícil y quizá nos veamos obligados a atenderle inesperadamente. ¿Vendrás?

El joven reflexionó rápidamente.

—Claro que sí, querida —contestó—. Tengo el agua del baño lista ya, de modo que antes de una hora estaré contigo. Saluda de mi parte al doctor Marchesi y dile que agradezco infinito su invitación.

El joven colgó el teléfono. Miró a la concurrencia.

—He dicho que tenía el agua del baño preparada, a fin de hacerles creer que estaba en mi apartamento y no aquí, en la Jefatura.

Croysh saltó en su asiento.

—¡Cómo! ¿Cree que estaban escuchando la conversación por un supletorio?

—Tengo la absoluta seguridad de ello —afirmó el joven rotundamente—. Primero aceptó mi invitación y luego rectificó, bajo coacción, con toda seguridad.

—¿Y qué piensa hacer, Valencia? ¿Aceptar la invitación?

—Por supuesto. La doctora Palmer ha mencionado el nombre de uno de los individuos a quienes andamos persiguiendo: Webster, el dueño de la pistola con la cual disparó contra mí y que, en la actualidad, es el chofer del doctor Marchesi.

CAPÍTULO XV

Alicia terminó de pronunciar una de sus frases:

—... estaré arreglada para las siete en punto y...

En aquel instante, una mano deslizó un papel delante de ella, sobre la mesita. Sobresaltada, la muchacha levantó la vista.

Estuvo a punto de lanzar un grito de espanto, pero se contuvo de un modo que a ella misma le pareció increíble. Marchesi estaba a un paso de distancia, con una pistola en la mano y el dedo índice de la otra sobre los labios.

Alicia tragó saliva convulsivamente. La mano libre de Marchesi señaló el papel.

La muchacha leyó su contenido:

“Invite al inspector a cenar con nosotros. Dígale que soy yo el que invita. No deje escapar una sola palabra imprudente o dispararé en el acto”.

El rostro de la muchacha perdió todo su color. Marchesi hizo un vivo ademán, indicándole que hablase de nuevo. Sacando fuerzas de flaqueza, la muchacha transmitió la invitación.

Al terminar de hablar, Marchesi la agarró por un brazo y la apartó con violencia de la mesita.

—¡Lo ha descubierto todo! —barbotó, rojo de ira.

—No sé de qué me está hablando —dijo ella, tratando de defenderse. Interiormente, sentía un pánico espantoso.

—Está mintiendo —dijo Mónica, surgiendo tan silenciosamente como de costumbre.

Webster apareció también por otra puerta. Avanzó hacia la joven y, sin mediar palabra, le asestó un terrible bofetón que la derribó por tierra.

—De modo —dijo, haciendo rechinar los dientes—, que el guapo inspector iba a venir a buscarte para ir al teatro, ¿eh? Ahora os quedaréis aquí los dos, ¡para siempre! —tronó el asesino.

Los ojos de Alicia estaban llenos de lágrimas. Maquinalmente, se bajó la falda, que se le había subido hasta bastante más arriba de las rodillas.

—No sé de qué me hablan —insistió.

—Levántese —ordenó Marchesi secamente.

La muchacha obedeció. El cirujano le indicó una silla. Luego,

con toda cortesía y tras haber guardado la pistola, le sirvió una copa de brandy. Alicia tomó un sorbo, sentía que lo estaba necesitando.

Marchesi se inclinó hacia ella.

—Lamento infinito lo que ha ocurrido, doctora Palmer —manifestó, en tono que parecía lleno de sinceridad—. Las cosas se han precipitado de tal modo que veo muy difícil que vuelvan a arreglarse.

Alicia trató de mostrar entereza.

—Repito, por tercera vez, que no sé de qué me están hablando. Y en cuanto al trato indigno de que he sido objeto... le agradeceré se sirva considerarme despedida a partir de este momento, doctor Marchesi; ni por un solo minuto más podría continuar aquí, después de haber sido abofeteada tan canallescamemente.

—¡No se irá de aquí! —vociferó Webster—. ¡Se quedará para siempre... con su maldito inspector!

—¡Cállate! —ordenó Marchesi perentoriamente. De nuevo se enfrentó con la muchacha—. Estuvo reconociendo al paciente operado.

Alicia se dijo que era inútil tratar de negarlo.

—Sí, claro.

—Le dije que Mónica y yo nos encargaríamos de él, después de la operación. No debió haber violado mi orden.

—Se me ocurrió que...

—¿Y lo de Doneel, qué? —gritó Webster—. ¿También a este tenía que reconocerlo?

Marchesi se volvió con la ira más absoluta reflejada en el rostro. Con el mismo gesto, su mano derecha golpeó fortísimamente la mandíbula del chofer, el cual cayó de espaldas en el acto.

El rostro de Webster se deformó. Con rapidísimo ademán, echó mano al interior de su chaqueta.

Alicia chilló, a la vez que se cubría el rostro con las manos. Sonó un estampido.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Webster. Estúpidamente, bajó la vista y se contempló el rojo circulito que había aparecido en su pecho.

Alicia se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. Quería gritar, pero no tenía fuerzas para ello. Espeluznada, vio a Webster girar a un lado y quedar inmóvil sobre el pavimento.

Marchesi se arrodilló junto al chofer y le volvió boca arriba. Las pupilas de Webster aparecían completamente vidriadas.

—Está muerto —dijo. Y miró a Mónica, en cuya mano se veía una pequeña pistola, de cuyo cañón salía aún una débil columnita

de humo.

—Legítima defensa, ¿no? —rio cínicamente el ama de llaves.

Marchesi apretó los labios.

—Está bien, no discutamos más. Vigila a la doctora Palmer, yo voy a esconder este fiambre donde no sea visible por el momento.

Dotado de una fuerza hercúlea, Marchesi cargó fácilmente con el cadáver de Webster y salió de la estancia. Alicia trató de rehacerse; a fin de cuentas, aunque por razón de su profesión, estaba familiarizada con la muerte, era la primera vez que se cometía un asesinato ante sus ojos.

Tomó un sorbo de brandy. Mónica rio en tono bajo, susurrante, de siniestros trémolos.

—Cometió una grave imprudencia al reconocer a Farral, doctora.

—Creí que era mi obligación —dijo ella—. Ya habían pasado varios días desde su operación...

—El doctor dijo que él y yo nos encargaríamos del curso posoperatorio del paciente. No es usted una ayudante muy disciplinada.

—Tampoco la clínica es muy corriente —replicó Alicia con vivacidad.

“¡Si pudiera desarmar al ama de llaves!”, pensó.

—Servía para nuestros fines —confesó Mónica descaradamente.

—Sí, los de robar a media población, ¿no es eso?

—Bueno, admitámoslo. Pero hay que reconocer que el medio empleado era muy original, ¿no cree?

“Distráela, distráela”, pensó Alicia desesperadamente.

Compuso el gesto y, con expresión de interés, preguntó:

—¿Cómo lo hacían?

—Bien, hay que reconocer que mí... marido es un magnífico cirujano. Necesitaba un ayudante, por supuesto, pero solo para la primera fase de la operación y, además, por añadir respetabilidad a la clínica. Ya se puede imaginar qué clase de aparato era el que les colocábamos a los pacientes...

—Todos ellos, hábiles ladrones, según me imagino —opinó Alicia.

—Por supuesto. El receptor de radio servía para captar las órdenes que recibían. Después de varios intentos, fallidos para desgracia de los pacientes, consiguió hallar el punto exacto del cerebro donde debía realizarse la conexión.

—Y cuando el golpe fallaba, se les hacía volar la cabeza, a fin de que no lo delataran.

—Exactamente.

—¿Razonaba bien el paciente con el aparato?

—Casi con entera normalidad. Pero había un ligero defecto, que hubiéramos eliminado con el tiempo; había una ligera compresión de determinados centros nerviosos que influían en su sistema locomotor.

—Por eso cojeaban ligeramente.

—Así era.

—Y el sujeto, ¿sabía que tenía instalado el aparato?

—Sí, pero le decíamos que era un instrumento destinado a curarle un tumor maligno y que debía llevar puesto durante un año, al cabo de cuyo tiempo se lo quitaríamos. Esto y la promesa de una suculenta recompensa, por prestarse a ser sujetos de una interesante experiencia científica, les hacía aceptar nuestras proposiciones sin más inconvenientes. Lástima del mal genio de Webster; era un sujeto realmente hábil con los aparatos de radio, aunque Jules no le iba mucho a la zaga.

La muchacha se puso en pie súbitamente. Mónica levantó la mano.

—Sé en lo que está pensando —advirtió con voz dura—. No intente nada contra mí o la mataré antes de que tenga tiempo de dar un paso.

Alicia sentía que iba recobrando la tranquilidad perdida.

—Para ustedes, una vida más o menos tiene poca importancia —manifestó—. Estoy segura de que no soy el único ayudante del doctor que ha muerto en esta clínica infernal.

—La curiosidad perdió al doctor Saxton.

—Y la codicia les perderá a ustedes. ¿Qué esperan ahora? ¿Qué venga el inspector Valencia?

—Sí. Es un hombre muy curioso y, desgraciadamente, con una inteligencia poco común.

Alicia se estremeció, aunque procuró dominarse. Las palabras de Mónica tenían un siniestro significado.

Acercó su mano a la botella de brandy. Mónica lanzó una advertencia.

—¡Cuidado! ¡Beba todo lo que quiera, pero esa botella y mi bala se cruzarán en mi camino! Entonces veremos cuál de las dos pierde más.

Alicia se desanimó. Mónica no relajaba la guardia un solo instante.

En aquel momento, Marchesi entró con dos objetos en la mano. Miró a la muchacha.

Alicia notó que un frío glacial invadía su cuerpo. Sin poder remediarlo, sintió un miedo terrible, espantoso...

CAPÍTULO XVI

Ray Valencia franqueó la puerta, saludó a Mónica con leve inclinación de cabeza. Su rostro se mantuvo impassible, a pesar de ver a la muchacha sentada en una silla, sujeta a la misma por anchas bandas de cinta adhesiva en muñecas y tobillos, que le impedían todo movimiento. Igualmente tenía un fragmento de la misma tela cubriéndole los labios, de manera que no pudiese hablar.

Los ojos de la muchacha le contemplaron con expresión de súplica. Valencia le dirigió una mirada tranquilizadora, y luego se encaró con el cirujano.

Marchesi se hallaba junto a una mesa, sobre la cual había una caja negra, en cuya superficie se veían algunos diales y botones de control. Una larga varilla plateada surgía de un ángulo de la caja, hasta una altura de metro y medio, aproximadamente.

Los dos hombres se contemplaron mutuamente, en medio de un profundo silencio. Antes de que pudiera hablar, Valencia sintió en sus espaldas el contacto de un cuerpo duro.

—No se moleste, señora —dijo en tono calmoso—. Cuando uno acude a cenar como invitado, no resulta correcto portar armas.

—Me cercioraré, por si acaso —contestó Mónica fríamente.

Valencia soportó el registro en actitud impávida. Al cabo de unos momentos, Mónica se retiró a un lado, colocándose a dos pasos a la izquierda del cirujano.

Marchesi dijo:

—Estoy seguro, inspector, de que a estas horas su privilegiada inteligencia le ha permitido adivinar la verdad.

Sus palabras son completamente ciertas, doctor Marchesi —respondió el joven tranquilamente—. Una labor de gran astucia e innegable habilidad, pero ya toca a su fin.

—Me lo imaginaba —el tono de Marchesi era absolutamente normal—. Y como me suponía lo que iba a ocurrir, he tomado mis precauciones.

Valencia arqueó las cejas. La mano de Marchesi apuntó hacia el teléfono.

—Calculo que a estas horas, la casa debe estar completamente rodeada por la fuerza policial. Llame a su jefe y dígame que retire a todos los agentes, absolutamente a todos.

—¿Nada más? —preguntó el joven tranquilamente.

—Sí. Añada que si no lo hacen así, la doctora Palmer morirá instantáneamente.

Los cabellos de Alicia pendían sueltos, por encima de sus hombros. La mano de Marchesi los alzó un momento.

—Vea, inspector. La doctora tiene adherida a la base de la nuca una de mis famosas cajitas con bomba. Naturalmente, no he podido hacerle una trepanación en tan corto espacio de tiempo, pero para lo que yo quiero, la cinta adhesiva sirve igualmente —Marchesi colocó la yema del índice sobre un botón rojo que había en la caja de control—. Una leve presión y la linda cabeza de la doctora se desintegrará en el acto. ¿Ha comprendido lo que quiero decir, inspector?

Valencia trató de dominarse.

—Perfectamente. Su facilidad de expresión y la claridad de sus locuciones son realmente notables, doctor Marchesi. Lo malo es —dijo— que no puedo utilizar el teléfono.

—Si se niega —dijo Mónica con voz vibrante por la cólera—, la doctora Palmer morirá.

—No me niego a utilizar el teléfono —contestó el joven—. Lo que sucede es que, previendo algo por el estilo, di orden a la Compañía de que cortase toda conexión. En este momento, la casa está absolutamente incomunicada con la ciudad. Si no me creen, pruébenlo.

El rostro de Marchesi se contrajo. Mónica soltó una obscena interjección.

—¡Esto es una inmundia mentira! —gritó.

—El teléfono está ahí —insistió el joven—. Prueben, hagan el favor.

Con gesto de fiera, Mónica se abalanzó hacia el aparato y levantó el auricular. Medio minuto más tarde, miraba al joven con ojos de loca.

De pronto, con movimiento imprevisto, se arrojó sobre la caja de control, con objeto de provocar el contacto fatal. Valencia se lanzó sobre ella, apartándola a un lado de un terrible empujón. Mónica se tambaleó y cayó con las piernas por alto, maldiciendo horriblemente.

El joven se apoderó de la caja instantáneamente. Marchesi le apuntó con una pistola.

—Suelte el control, inspector. Suéltelo o dispararé —amenazó.

—Ninguno de los dos saldrán vivos, si aprieta el gatillo de la pistola una sola vez —afirmó el joven—. La casa está rodeada y,

repite, nadie podrá recibir mis llamadas. Hagan lo que hagan, están perdidos. Pueden tener alguna defensa con respecto a las muertes de Hymes y Rigby, pero si la doctora y yo morimos, nadie les salvará de la cámara de gas.

Las palabras del joven causaron evidente impacto en el ánimo de los dos criminales.

Marchesi vaciló.

Rabiosamente, Mónica gritó:

—Mátalo, Jules, mátalo. Ya encontraremos luego un medio de escapar de aquí.

—Cállate —contestó el cirujano. Estudió el rostro del joven durante unos segundos—. La situación está en tablas, inspector.

—La siguiente jugada le corresponde a usted —dijo Valencia, fríamente.

—Usted ha realizado una muy buena al desconectar nuestro teléfono —dijo Marchesi—. Supongamos que quito de la nuca de la doctora Palmer la caja de los explosivos. ¿Qué hará usted entonces, inspector? Recuerde que todavía está cubierto con mi pistola.

—Su pistola no le servirá de nada, doctor. Tarde o temprano, caerán en manos de la policía.

—Puedo utilizarla para que sus hombres me abran paso. Utilizándoles a ambos como escudo, claro está.

—Es una solución, pero no la aprobaré, mientras la doctora Palmer esté bajo la amenaza del explosivo —afirmó el joven tajantemente.

Marchesi vaciló un momento.

—Mónica, sube a mi despacho y baja la maleta con el botín, pronto.

—Estás cometiendo una locura, Jules —chilló la mujer.

—¡Haz lo que te digo! Es una posibilidad de escapar. Si los policías oyen un disparo, entrarán arrasándolo todo.

—Sus palabras están llenas de sensatez, doctor —dijo el joven—. Al primer disparo, entrarán aquí, efectivamente; y como usted acaba de decir, arrasarán todo. Llevamos como rehenes es una forma de salvar la vida... o de intentarlo, al menos.

—¡Obedece, Mónica!

La mujer le escupió al rostro.

—¡Cobarde! —Y salió con paso rápido de la estancia.

Valencia sentía junto a su pie la pistola que se le había caído al ama de llaves después del empujón, pero no se atrevía a recogerla, temeroso de recibir un disparo de Marchesi. Permaneció inmóvil, con las manos en torno al aparato de control. Alicia continuaba

sentada y el miedo que estaba pasando se reflejaba en su frente bañada por el sudor.

Transcurrieron unos cuantos minutos. Al cabo, Mónica penetró en el comedor con una pesada maleta que dejó en el suelo.

—Ya está —dijo secamente. Vio su pistola junto a los pies de Valencia y se inclinó a recogerla.

El joven se apartó a un lado. Marchesi guardó su pistola y desató a la muchacha, quitándole luego la caja que tenía adherida a la nuca, la cual dejó en un rincón de la mesa.

—Bien, cuando quieran —dijo. Y con acento truculento, añadió —: Recuerden, si sus hombres no nos dejan pasar, ustedes morirán los primeros, aunque Mónica y yo hayamos de morir segundos después.

—Pasaremos —afirmó el joven rotundamente.

Mónica recogió la maleta y se dirigió hacia la puerta. Alicia se unió al joven, cogiéndole de la mano. Marchesi estaba tras de ellos, con la pistola en la mano.

Súbitamente, la puerta se abrió de golpe y un hombre irrumpió en la estancia. Hablaba torpemente, pero sus palabras resultaban inteligibles:

—¡Doctor! ¡He visto gente extraña merodeando en torno a la tapia! ¡Hace rato que le llamo por teléfono y ustedes no me contestan...!

El hombre era Havelock, el portero. Su gesto encontró a Mónica desprevenida y el portazo la empujó fuertemente a un lado, haciéndola perder el equilibrio. Mónica vaciló, dio dos o tres pasos en falso, y acabó cayendo de rodillas, medio enredada con la maleta que se le había soltado de las manos.

Valencia no desaprovechó la ocasión. Girando rapidísimamente sobre sus talones, golpeó la muñeca armada del criminal. La pistola voló por los aires, mientras Marchesi lanzaba un rugido de rabia.

—¡Al suelo, Alicia! —gritó el joven.

Un segundo después, recibía un formidable puñetazo en el pecho. Resistió notablemente bien, y devolvió el golpe, alcanzando a Marchesi en plena mandíbula.

El cirujano retrocedió tres o cuatro pasos, con el rostro deformado por la ira. Detrás de ellos, Mónica vociferaba como una arpía enloquecida.

Valencia se arrojó contra Marchesi. Durante unos segundos, los dos hombres se golpearon sañudamente, con salvajismo de fieras. Pistola en mano, Mónica buscaba el momento oportuno para abrir fuego.

El joven retrocedió dos pasos, hasta que su espalda chocó contra la pared opuesta, en la cual tuvo que apoyarse para no caer al suelo. Mónica apuntó y disparó, justo en el instante en que Marchesi se abalanzaba contra el policía.

La bala alcanzó a Marchesi justo en el centro de la espalda. El criminal se retorció horriblemente sobre sí mismo durante unos horribles segundos.

Mónica gritó de un modo espeluznante al ver que había herido a su propio cómplice. El estupor la impidió disparar de nuevo. En aquel momento, Marchesi, ya en los últimos espasmos de la agonía, giró sobre sí mismo y cayó de bruces sobre la mesa.

Valencia intuyó lo que iba a suceder y se arrojó al suelo. En el mismo momento, la mano de Marchesi buscaba el asidero. Su dedo índice oprimió convulsivamente el fatídico botón rojo.

Sonó una espantosa detonación, a la vez que brillaba una deslumbradora llamarada. Afuera se vio brillar otro cegador relámpago y estalló una segunda detonación.

Los muros temblaron. El estuco se desprendió en algunos sitios, y un par de cuadros cayeron al suelo.

Dos cuerpos más cayeron también al suelo: el de Havelock, decapitado instantáneamente, y el de Mónica, cuyo rostro aparecía completamente cubierto de sangre. Entonces empezaron a oírse en el jardín los primeros gritos.

* * *

Pacientemente, fumando cigarrillo tras cigarrillo, Valencia esperó a que Alicia saliera del quirófano. La muchacha tardó mucho rato en reaparecer, expresando su rostro el cansancio.

Detrás de ella salía el doctor Trenton. El joven y su jefe se precipitaron al encuentro de ambos.

—Salvará la vida —dijo Alicia.

—Pero no la envidio —añadió Trenton. Lanzando un fuerte suspiro añadió—: Trataba de huir cuando la mano de Marchesi oprimió el control de fuego. La explosión se produjo a menos de dos metros de su rostro. Ha perdido la vista por completo y su rostro ha quedado horriblemente desfigurado. Un tremendo castigo, tremendo, tremendo —repitió el forense—. Un día quizá lamentará no haber muerto esta noche.

Valencia atrajo a la joven hacía sí. Alicia no opuso ninguna resistencia.

—Afortunadamente —dijo la muchacha—, la caja que me tenían

destinada no estalló.

—Era solo un *bluff* destinado a impresionarnos. No habían tenido tiempo de colocar los explosivos, y los circuitos estaban incompletos —expresó Valencia.

—De todas formas, les dieron un buen susto —manifestó Trenton—. Bueno, jefe, vámonos; usted y yo tenemos mucho que hacer todavía.

—Mañana rendiré un informe completo de lo sucedido, jefe —anunció el joven.

—No se preocupe; ahora que lo tenemos todo resuelto, ahora que la banda fantasma ya no existe, lo demás no corre tanta prisa.

—Según qué cosas —sonrió el joven, volviendo la vista hacia la muchacha.

Alicia se sonrojó. Valencia la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿Y ahora? ¿Soy o no la manifestación real de tus sueños?

—¡De mis sueños! —repitió ella explosivamente—. ¡Di más bien de mis pesadillas, Ray Valencia!

Pero cuando vio que el joven se disponía a besarla, le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso con fogoso apasionamiento.

F I N

Supere SU timidez



La timidez es la más cruel
de las prisiones.

Nos encierra en nosotros
mismos, nos obliga a pre-
senciar encadenados có-
mo el éxito, el amor, el
dinero y los mejores do-
nes de la vida, desfilan
más allá de nuestro al-
cance.

¿Por qué someternos a
semejante tortura?

En pocas páginas, po-
niendo en juego los enor-
mes recursos de la sicoló-
gía moderna, y sin ape-
nas esfuerzo por nuestra
parte, este volumen nos
traerá una nueva y em-
briagadora libertad.



MARABU

ZAS

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Complejos

Adolfo Sarabia..

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

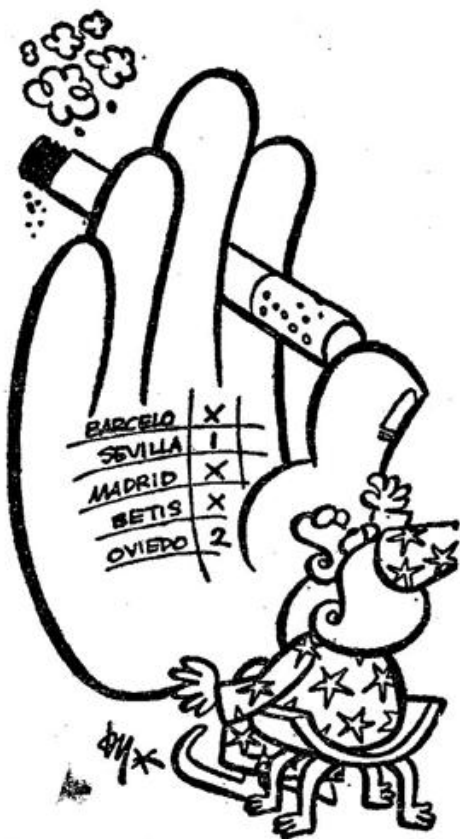
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



MARABU ZAS



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

874 — Corín Tellado
VOLVERE AQUI

COLEC. "MADREPERLA"

770 — Jesús Navarro
ALMAS EN LA HOGUERA

COLECCION "ROSAURA"

714 — Carlos de Santander
EL QUE ODIABA
A LAS MUJERES

COLECCION "AMAPOLA"

601 — Isabel Salueña
EL CUADRO
DE LA MADONNA

COLECCION "ALONDRA"

535 — May Carré
SEGUNDO PLATO

COLECCION "CAMELIA"

476 — Vicky Lorca
UN MISTERIO Y UN AMOR

COLECCION "CORAL"

178 — Corín Tellado
PERDIDOS EN LA NIEBLA

COLECCION "CORAL"

160 — Corín Tellado
EL DESTINO ESPERABA
ALLI

COLECCION "CORAL"

270 — Corín Tellado
AQUELLA ILUSION
DESVANECIDA

COLECCION "BISONTE"

815 — John Lack
CINCO AÑOS DESPUES

COL. "SERVICIO SECRETO"

679 — Silver Kane
MELODIA PARA
UN GANGSTER

COLECCION "BUFALO"

512 — M. Lafuente Estefanía
TODOS ERAN COBARDES

COLECCION "CALIFORNIA"

359 — M. Lafuente Estefanía
JOHN, EL JUSTO

COLECCION "TEXAS"

380 — Keith Luger
RUBIAS Y BALAZOS

COLECCION "COLORADO"

304 — Meadow Castle
"CARA DE MUERTO" TED

COLECCION "KANSAS"

270 — A. Rolcest
ZONA DE REPTILES

COLEC. "BRAVO OESTE"

134 — M. Lafuente Estefanía
COSAS DE LOS RURALES

Col. "SELECCIONES S. S."

46 — Mark Halloran
CORONA DE MUERTES

COL. "ASES DEL OESTE"

222 — Mikky Roberts
SENTENCIA DE "COLT"

Col. "HEROES DEL OESTE"

252 — M. Lafuente Estefanía
JUNTOS PARA EL CASTIGO

COLECCION "PUNTO ROJO"

68 — Clark Carrados
LA BANDA FANTASMA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegña, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

veterano
tiene eso
un veterano
sabor



VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COÑAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

Notas

[←1]

Rigurosamente verídicos ambos ejemplos.